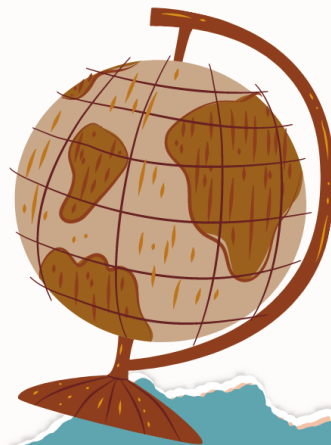


A MERCED DE LOS VIENTOS

Antonio Quiros Gallego

A MERCED DE LOS VIENTOS

Antonio Quirós



Capítulo 1

I.- A MERCED DE LOS VIENTOS

La aventura asustaba; los vientos, la mar, el calor; y el frío. Todos los elementos que son gigantes poderosos con los que uno piensa que se va a poder enfrentar y que luego, en muchos de los casos terminan por derrotarte. Pero, las necesidades, las situaciones que se crean sin que uno las hubiera deseado, terminan por empujarte a buscar el enfrentamiento contra esos poderosos gigantes.

Me llamo Domingo Machín y esta es la historia de mi viaje, mi huida sin retorno, de la isla de Lanzarote. Eran ya los meses finales del año 1.948; ya hacía más de nueve años del final de la Guerra civil española. Ya se atisbaba el final de las represalias y de las acciones que iban en contra de los que habían tenido un determinado color político en los tiempos de la contienda, sobre todo antes. Ciertamente es que en las islas esos actos de represalias estaban yendo más lentos que en la península. Pero, por eso mismo, aquí seguían a pesar del tiempo que había pasado desde la victoria de lo que muchos habían llamado "Glorioso Alzamiento Nacional"; otros, como yo, simplemente, "Golpe de Estado"

Afortunadamente, había logrado ir escapando de algunas detenciones y purgas que se estaban dando, especialmente en las islas capitalinas, situación ésta que no había llegado a la isla conejera. Pero que se iba a dar en futuro inmediato, estaba seguro; y en las que se preveía que los puestos políticos de bajo nivel se iban a ver afectados. Y más los que se habían ejercido en nombre de los partidos socialistas y comunistas. Seguramente, era mucho más el temor que las noticias reales que se tuvieran que, en la realidad, no eran muchas.

En mi caso al haber desempeñado durante un par de años el puesto, básicamente honorífico, de secretario de la federación de pescadores, afiliada a Comisiones Obreras. Puesto al que renuncié prácticamente al comenzar la contienda civil; no por temor, sino por la radicalización y los excesos que se estaban empezando a cometer por los dos bandos.

No hice nada malo y, en circunstancias normales, nada debería temer. Pero, no eran tiempos de plantearse las cosas de este modo. Cualquier tipo de rencillas, de envidias, de quedar bien antes los superiores... Ni siquiera era posible explicarlo de una manera racional. Por el momento, en las islas menores, entre los principales dirigentes estaba predominando la cordura.

Pero, en estos nueve años, la incertidumbre y el temor de que en cualquier momento pudiera ser detenido y, de inmediato, fusilado; o trasladado a las cárceles de la capital, habían hecho que sintiera que mi estancia en mi casa, en mi isla, era algo provisional; que sería una situación rota en cualquier momento sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo.

Por eso, este viaje había comenzado a planificarse hacía ya unos cinco o seis años. Desde el momento en que muchas personas, los que estaban en peligro de ser represaliados, hablaban de salir de las islas con dirección a algún país de América del Sur. Y no precisamente, que también lo era, por cuestiones económicas; por las penurias de todo tipo que se estaban viviendo en el país. Especialmente, en las islas; y más especialmente todavía en las islas menores. Lo principal era hacerlo por una cuestión de supervivencia; ya se habían dado los fusilamientos de algunos destacados dirigentes locales de izquierdas en toda la geografía nacional. Otros habían sido despeñados por los riscos y, otros, resultaron desaparecidos sin que nadie supiera su paradero. Aunque, casi todo el mundo podía sospechar lo que había terminado pasando con ellos.

Ante esa perspectiva, la inmigración a los países centro y sudamericanos, volvieron a activarse de una manera importante. Yo tenía claro que se trataba de la mejor, dentro de lo malo y de lo tortuoso de la aventura, solución que uno podía escoger. Lo que estaba claro es que esos viajes no se podrían hacer, al menos para nosotros, en lujosos transatlánticos y usando las mejores comodidades que ofrecían esos tiempos. No había, ni dinero, ni facilidades para hacerlo; sí hubiera sido materialmente posible hacerlo a nado, estoy seguro de que mucho de nosotros lo habiéramos llegado a hacer.

Así, en los últimos años de la década de los cuarenta y primeros de la de los cincuenta, la emigración clandestina se llevará a cabo mediante la organización de viajes en pequeños barcos que en la memoria colectiva del pueblo canario han sido denominados de diversas formas: "barcos de la libertad", "barcos de la ilusión" y, sobre todo, "barcos fantasmas".

No me resultó fácil hacerlo. Primero, estaba la cuestión del dinero; había que reunir para pagar el billete del "Correillo La Palma" de Arrecife a Las Palma – esto, desde luego, era lo más barato -; y el pasaje; esos pasajes en barcos clandestinos había que pagarlos bastante más caros de lo que costarían en condiciones normales. También era necesario el dejar algo de dinero para que mi mujer y mis dos hijas pudieran subsistir, al menos, un mes, a la espera de que yo pudiera remitirles algún tipo de novedades. Yo, esperaba que en un poco más, quizá dos meses, se pudiera encontrar la posibilidad de organizar un reencuentro.

Quizá, considerándolo en épocas posteriores, no era demasiado dinero; pero, en ese tiempo, conseguir algo más que lo necesario para poder

comer cada día, resultaba altamente complicado. Y estaban las dudas; no quería dejar mi tierra, no quería dejar a mi familia. Pero, es lo que tienen las guerras, uno tiene que llegar a hacer muchas cosas que uno nunca pensó que sería necesario realizar por el bien tuyo y de tu familia.

Y, luego, estaban los trámites burocráticos; las autoridades españolas pusieron todas las trabas posibles para la expedición de certificados de buena conducta, imprescindibles para emigrar. Si éste se obtenía al cabo de largos meses de espera, aún se hacía necesario la posesión del permiso de emigración que sólo se concedía a aquellos que tuvieran un contrato de trabajo visado por las autoridades consulares del país al que se pretendía emigrar, o una carta de llamada, también visada, enviada por algún familiar ya residente en el país de destino.

Después de varios intentos, pude conseguir que un tío segundo de mujer, un tal Juan Lorenzo, emigrado a Venezuela desde unos años antes de que estallara la guerra civil, había logrado que el departamento de extranjería del gobierno venezolano, visara una carta de llamada en la que hablaba de unos supuestos trabajos que, ya se había encargado de dejarme claro, no existía de ninguna manera. También se había encargado, mediante las tres o cuatro llamadas telefónicas que hubo por medio, de informarme que se desentendía de mí desde el momento en que tuviera en mi poder la carta visada por el gobierno que necesitaba. Nada me podía ofrecer y, por tanto, nada me ofrecía.

Todo lo demás era imposible de conseguir en mi caso. Por lo tanto, había que esperar que uno de los transportes clandestinos que admitiera pasajeros con destino al país sudamericano tuviera previsto realizar una travesía desde el puerto de la Luz. Algo que, de darse juntas todas las circunstancias favorables, hubiera llevado no menos de un año en su preparación. Cuando se daban tantos problemas y dificultades cómo se juntaban en mi caso, el gastar unos cuantos años en la preparación del viaje, era lo normal.

Estoy seguro de que a la gran mayoría de los que estaban pensando en emprender el viaje de salida del país les pasaba lo mismo que a mí. Estos años de preparación se nos antojaban largos; pero, por otra parte, estábamos desando que no terminaran nunca. El dolor de partir era algo que deseábamos dilatar sin que hubiera un final. En realidad, no llegábamos a determinar que sería peor; el sufrimiento de la incertidumbre de estar aquí, incluso ante la perspectiva de llegar a perder la vida, o la llegada del momento de partir, de dejar nuestra tierra y nuestra familia. Morir, en definitiva, de otra manera.

Ya, por fin había llegado el día, esa misma noche cogería el "Correillo La Palma" que me llevaría, a mí y a otros cuatro paisanos conejeros, hasta el puerto de Las Palmas para allí, embarcar en el "Telemaco" que sería el barco que nos debería llevar hasta Venezuela. Ya estaba todo organizado

y parecía que, el viaje, no iba a tener vuelta atrás.

Esa misma tarde había previsto la visita a la Parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe. Lo habíamos decidido, con mi mujer Guadalupe y nuestras hijas Nieves y Dolores, como acción de despedida de mi isla y ceremonia de solicitud de protección ante todo lo desconocido que me iba a encontrar en el futuro inmediato. Parecía algo fuera de lugar, teniendo en cuenta que yo había sido, quizá era todavía, un reconocido agnóstico que se había enfrentado, de manera verbal, a los muchos fanáticos de la religión que querían explicar todo lo irracional por la voluntad de Dios.

Aunque, era más que probable que esos "tiralevitas" del Régimen sean menos creyentes que yo mismo y, tan solo, se hayan servido de la religión para lograr sus no muy claros intereses; menos creyentes que unas personas que ahora están queriendo lograr un momento de "comunión" con sus seres queridos en el interior de ese lugar de meditación y de recogimiento. Aunque, tipos como yo, durante algunos años hayan sido considerado los enemigos de la religión por los que la tienen secuestrada.

Entré a la iglesia junto con mi mujer y mis hijas; se trataba de un templo espacioso de tres naves y capillas laterales. Nos pusimos a meditar en la nave central del templo; de rodillas y con todo el respeto y fervor que merecía la ocasión. Las últimas obras realizadas en la torre de la iglesia habían servido para convertirla en el edificio más alto de Tegui. Nos encontrábamos justo enfrente de la capilla del altar mayor donde se encuentra la Virgen de Guadalupe, patrona de Tegui y a los lados San Marcial y San Pedro Apóstol, presidían mis últimas horas en mi pueblo.

La despedida no la quiero ni recordar. Apenas pasó el tiempo en el recorrido desde la Parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe hasta el puerto. No había pasado de diez segundos y ya me encontraba preparado para partir.

Ya me encontraba en el puerto de Arrecife; apenas faltaban ya unos minutos para que saliera el correillo que me debía llevar hasta Las Palmas. En los últimos años se había convertido en una línea regular que estaba bajo el amparo del Gobierno. En 1930 la Compañía Transmediterránea asume la gestión de las rutas interinsulares canarias y para ello adquiere la flota de correillos -que paulatinamente moderniza y mejora técnicamente - cubriendo con ella, con los buques que ya lo estaban realizando, el servicio hasta su retirada y sustitución por buques más contemporáneos en años posteriores.

Los pasajes más modestos de estos barcos era el espacio destinado a Tercera Clase que se disponía en el entrepuente de la bodega nº 3, a popa, y contaba con espacios muy reducidos, camarotes múltiples y servicios comunes en la toldilla de popa. A esta clase más modesta debe sumarse un buen número de pasajeros cuyo billete no daba derecho a una

plaza en el interior del buque y se distribuían de manera más o menos precaria en el exterior.

Ese era el tipo de pasaje que yo había podido pagar para iniciar mi viaje. Parecía evidente que toda esta aventura la haría de la manera más modesta, y económica, que había podido encontrar. Todo formaba parte de un sacrificio y un sufrimiento que ya tenía asumido desde que tomé la decisión de abandonar mi casa y a mi familia en Tegui. Por eso, no sería para mí ningún tipo de padecimiento, o eso creía, cualquier tipo de pena que me llegara en este viaje.

Todo estaba preparado con el tiempo justo. La llegada al puerto de La Luz tuvo lugar ya al anochecer. Unas pocas horas y el Telemaco efectuaría su salida con destino al nuevo continente. Cuanto menos tiempo se tuviera de espera en Las Palmas, mejor; no quería que uno pudiera tener la tentación de abortar su intención de viajar a América. Además, a eso se había venido hasta aquí.

Al llegar a puerto, mis compañeros de viaje me hicieron notar de manera inmediata el barco que se encontraba a unos trescientos metros a la derecha. Era el Telemaco, que nos esperaba, y a otros cientos de pasajeros, para iniciar su travesía por el Atlántico. La comparación con los modernos transatlánticos que estaban realizando esa travesía hacía el nuevo continente no se podía ni realizar. Daba la impresión de que se trataba de un barco de otra época. Y esto era porque, efectivamente, el buque pertenecía a otras épocas.

II.- LOS VIAJES A LA GRACIOSA

Pero, yo era un hombre de mar. Siempre lo había sido y con eso me estaba ganando la vida desde que comencé a trabajar. Por eso, seguramente, me atrevía a realizar una travesía tan larga y por medio de un mar tan peligroso como lo era el Atlántico, en un barco que ofrecía tan pocas garantías, para el tiempo que vivíamos, como era el que estaba a punto de tomar.

Pero, esto resultaba inevitable. Y, desde siempre, la emigración había sido eso. No solo la pena y la nostalgia de abandonar el lugar querido; también era riesgo y aventura, el saber que, tan solo llegar a la meta, iba a ser el primero de los premios, quizá el más importante. El salir adelante y conseguir amasar una fortuna que te hiciera salir de la miseria, tan solo era un premio suplementario; una especie de premio de consolación.

Desde el principio, los emigrantes marchaban en los buques extranjeros que recalaban en los puertos isleños. Navieras y capitanes obtenían grandes beneficios al dedicarse a este tráfico; pues al ser ilegal, embarcaban a más personas que las que permitía la capacidad del barco, acarreando con ello tremendas penalidades y muchas veces la muerte a los infelices emigrantes. En ocasiones, a las sombras de la noche, barcos de pescadores transportaban a los emigrantes hasta alta mar, donde el barco velero que esperaba los llevaría a cualquier lugar de la costa americana. El transporte de los emigrantes canarios constituyó en más de una ocasión una forma de esclavitud y, siempre, un rentable negocio. El precio elevado del pasaje, daba lugar a que muchos se viesan obligados a firmar la "contrata de trabajo", en ella iba incluido el transporte y demás gastos del viaje. Por la contrata, los isleños quedaban durante años atrapados por los terratenientes, hasta que devolvían con su trabajo todo el dinero que les habían anticipado para el viaje. En definitiva, una mano de obra de recambio de los esclavos americanos en las labores del tabaco y de la caña de azúcar.

No era mi caso; el haber estado tiempo reuniendo el dinero para realizar esta travesía, hacía que, finalmente, lo hubiera logrado y no tuve que endeudarme, al menos, no lo hice con los que organizaban el viaje. Por lo menos, esa circunstancia no se dio en mi caso.

En esta emigración clandestina, los canarios empleaban fundamentalmente barcos de pesca artesanal, con muchos años de funcionamiento e incapaces de operar con mínimas condiciones en alta mar. Estos barcos se desplegaban como veleros, apoyándose en la posición de las Islas Canarias y en la acción de los vientos alisios que les ayudaban en la navegación.

El número de pasajeros superaba con creces la capacidad normal del barco. La duración de la travesía era de unos cuarenta días, dependía esencialmente de los vientos y del estado de la mar. Las condiciones del viaje, en la mayoría de los casos, eran infrahumanas. Los emigrantes que

arribaban al otro lado del océano sin documentación y sin medios económicos eran detenidos e internados en centros de reclusión. Los terratenientes que estaban interesados en contratar mano de obra barata y obediente, iban a esos centros a escogerlos, tal y como si se tratara de un mercado de esclavos.

Y yo lo sabía porque, fundamentalmente en mis primeros años de labor en la mar, los había visto partir; o, simplemente, alguno de los tripulantes que gobernaban estos barcos me habían relatado como había sido el tortuoso camino de ida hasta las costas americanas. Y ya, mi padre antes que yo, lo había podido observar y me lo había contado también; mucho antes de que yo hubiera llegado a imaginar que terminaría por tomar uno de esos barcos con destino tan lejano.

Y, pese a todo, en este momento, no podía evitar el evocar que, en cierto modo, había sentido envidia por poder vivir esa aventura que estaban iniciando los inmigrantes de los años treinta, gente que había emigrado antes de que comenzara la penosa guerra civil española.

Sin embargo, todo había cambiado; ahora que me iba a tocar a mí, no había alegría por poder vivir esa aventura. Tan solo tristeza, desencanto e incertidumbre. Y la fuerte esperanza de que, en no mucho tiempo, mi familia se pudiera reunir conmigo en un lugar tranquilo de Venezuela. Ese era el plan y lo que había prometido a mi mujer Guadalupe; y, en esos momentos, los dos estábamos convencidos que eso se cumpliría pasara lo que pasara.

Por lo demás, en este momento podía evocar la última vez que me había embarcado; fue en un corto viaje hasta la isla de La Graciosa. Allí íbamos con frecuencia todos los que vivíamos del mar en la isla de Lanzarote. Cada vez menos, la verdad; pero, hace tan solo un par de años, los viajes eran bastante frecuentes y se realizaban por necesidad.

En esas últimas veces que me hice a la mar, oía claramente al patrón de barco, Amalio Padrón, que me animaba a embarcarme rumbo a América; las cosas estaban muy mal por aquí. Y los problemas políticos que teníamos los que habíamos estado afiliados a algún partido de izquierdas no era el menor de ellos.

.- Domingo, no te lo pienses más. Si, la travesía es dura; pero tú estás acostumbrado podrás con ella.

.- ¡No se, no se...¿Tú has oído decir eso de que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer?

.- ¿Qué dices? ¡No importa lo que vayas a conocer! Lo importante es el camino; lo importante es intentarlo. No arrepentirte por no haberlo intentado. ¡Hay que vivir la vida! Y hay que vivirla de pie, nunca hay que

dejar que los demás te hagan vivirla de rodillas.

En Caleta del Sebo todavía hoy quedan vestigios de lo que fue la Sociedad de Pesquerías Canario-Africanas, en un lugar de la capital graciosa que toma precisamente ese nombre «La Sociedad». La subsistencia de esos primeros graciosos se comprendía casi exclusivamente de la pesca, marisco y un pequeño ganado de cabras. El agua se obtenía en el manantial de Gusa y la que se podía aprovechar de las lluvias. En estas condiciones, la población fue creciendo desde donde estaban las instalaciones de la vieja factoría hacia el Sur, y ya pasados los años 20, los graciosos se contaban por varios centenares.

Y, desgraciadamente, la supresión de esa sociedad, al llegar a los años veinte, había hecho que la actividad pesquera en banco canario sahariano descendiera de manera significativa. Y con ellos, la manera de ganarse la vida de casi toda mi familia y otros muchos conejeros que había dedicado toda su vida a la actividad pesquera. Y ese estaba siendo el motivo, ayudado por la situación política, y el problema que se encontraron varias personas, para que se diera un importante auge de la inmigración en estos tiempos.

Y ese, aunque había sido el último, era de los viajes más cortos que había realizado por mar. Estaba acostumbrado a realizar viajes mucho más largos en busca de los bancos de pesca que se encontraban frente al Sahara español. Allí pasábamos varios días y aguantábamos todas las vicisitudes que la mar nos creara. Era necesario llenar toda la bodega del barco de la pesca que pudiéramos conseguir en ese lugar. De eso dependían nuestras familias.

Cuando llegamos al puerto de Arrecife, al finalizar ese pequeño viaje a Caleta del Sebo, Amalio me dijo.

.- ¡Domingo, hasta siempre! No tengo dudas de que harás esa travesía hasta América. Y allí, uno nunca sabe lo que te puede pasar. Pero, estoy seguro de que serás otra persona y, esa persona, no querrá volver a esta tierra. Por muy mal que estés. Yo te conozco; y, siempre, caminarás hacia delante. Esa es la vida, esa es la vida de gente como tú. El pasado ya lo conoces; el mañana está por descubrir.

De los cinco paisanos conejeros que íbamos a embarcar en Telemaco, otras dos personas y yo, Pedro San Ginés y Santiago Cabrera, éramos marineros de profesión y no nos debería asustar el embarcarnos en un buque como este. O quizá precisamente por eso, éramos plenamente conscientes del peligro que suponía el realizar un viaje tan complicado y durante tantos días.

Las otras dos personas, posiblemente sí que no deberían ser tan conscientes de los peligros que se les avecinaban. Se trataba de Manuel

Rodríguez, un veterano trabajador de las navieras que prestaban sus servicios en el muelle de Arrecife, al fin y al cabo, alguien relacionado con la mar, aunque no contaba con demasiada experiencia a efectos prácticos de lo que era navegar por alta mar. Y, finalmente, la quinta persona era Sebastián Perdomo, un funcionario del ayuntamiento de Arrecife que se había visto obligado a emigrar por cuestiones políticas.

Él si era hombre instruido y que contaba con formación para poder ganarse la vida en cualquier parte; incluido Lanzarote. Pero, había un grave problema desde bastantes años antes del estallido de la Guerra Civil había mostrado unas inequívocas simpatías por el Partido Comunista de España. Al igual que yo, había podido ir sorteando las dificultades que le estaban poniendo la gente afecta al Régimen. Las noticias que llegaban relativas al endurecimiento de las acciones contra gente como nosotros, no eran muy esperanzadoras.

Los cinco habíamos tratado estrechar vínculos durante el viaje de Arrecife a Las Palmas en el "Correillo La Palma"; al fin y al cabo, comenzábamos juntos este viaje y sentíamos que debíamos apoyarnos. Lo que no dejaba de sorprendernos era el entusiasmo desmesurado de las personas que, precisamente, deberían tener el mayor de los temores ante el viaje que iniciábamos esa misma noche.

Manuel y Sebastián daban la impresión de haber dejado atrás todos sus problemas y se mostraban eufóricos en ese momento. Quizá no eran conscientes en absoluto de que alguno de ellos posiblemente no llegaría hasta el final de esta ruta. Pero, ninguno de nosotros tres, los pescadores, quería rebajarles la euforia que estaban mostrando. De alguna manera, necesitábamos que nos contagiaran la positividad y la alegría que estaban mostrando en esos momentos.

Se estaba echando la noche y ya quedaban pocos minutos para que los marineros del Telemaco permitieran el que los pasajeros subieran al barco. Nada teníamos que hacer en la capital de Gran Canaria, así que estábamos listos para hacerlo en cuanto ello fuera posible. Nuestros equipajes tampoco eran demasiado voluminosos y no nos retrasarían a la hora de embarcar.

No se mis compañeros; pero, yo no quería cerrar los ojos para poder empaparme, quizá por última vez en mi vida, de la noche canaria. Una noche clara y despejada que, a pesar de todo, parecía augurar una buena travesía y una buena mar; al menos al comienzo del viaje

III.- TELEMACO

La escala del barco ya estaba preparada; estaba armada, como era costumbre, al costado de estribor del navío y llegaba desde la lumbre del agua hasta la borda en el portalón. Los cinco nos encontrábamos impacientes por subir a bordo del barco. No sé en el caso de los demás; pero, en el mío, lo que realmente me tenía impaciente era que el viaje tocara a su fin.

El Telemaco, un pequeño motovelero con el espejo de popa plano, de 27 m. de eslora, 6 de manga y otros 6 de puntal, con dos palos y un bauprés, envergaba dos velas cangrejas y dos foques de cuchillo. Esta goleta había sido usada con anterioridad para el transporte de mercancías entre San Sebastián, capital de la isla canaria de la Gomera y el puerto de Santa Cruz de Tenerife. Los organizadores del viaje lo habían comprado, como habían hecho con algunas otras naves, para esos viajes clandestinos como el que nosotros íbamos a emprender. Los "empresarios" u "organizadores" de esos viajes buscaban y compraban motoveleros dedicados a la pesca o al transporte de mercancías para utilizarlos en el traslado de personas a Venezuela. No buscaban que fuera cómodos; se conformaban con que fueran relativamente resistentes y que pudieran aguantar la travesía a través del Atlántico.

Ni siquiera necesitaban que el viajero pagara su billete; con demasiada frecuencia, se cobraban con préstamos de usureros, en los que se hipotecaba una casa o la finca de la familia, con unos intereses de hasta el 80 por ciento. La desesperación y el miedo llevaban a que algunos admitieran el pagar esas cantidades de manera abusiva por parte de los prestamistas que, cómo parecía natural, se tomaban las debidas garantías con la familia que quedaba en las islas.

En 1948, salir de España como emigrante costaba la friolera de doce mil pesetas, seis mil pesetas el pasaje y el resto para abonar los gastos ocasionados por el papeleo. En mi caso, el montante no llegó a las nueve mil pesetas; el hecho de contar con una carta de llamada visa por el gobierno venezolano abarataba algo los costes de la documentación necesaria para la entrada clandestina en el país. Emigrar siempre es caro, lo había sido, lo era en este momento y lo será en un futuro. Los pobres

solo pueden emigrar a base de endeudarse

A finales del siglo XIX, el pasaje a La Habana desde Canarias costaba unos veinte duros, cantidad que equivalía aproximadamente a algo más de dos meses de trabajo.

Por contraposición a la grandeza y suntuosidad de los barcos transatlánticos, basados en la inteligencia y el saber del ser humano, aparecía la cara oscura de la emigración maldita de los desposeídos. Con sus últimos ahorros, o utilizando un préstamo de usureros, se pagaban los billetes, en la mayoría de los casos sin retorno, a la tierra prometida.

En esa época, en los finales del siglo XIX, huían del hambre, de la miseria, de la clandestinidad y del servicio militar obligatorio de los "pobres", que no podían pagarse un sustituto o una redención. Muchos de estos hombres y mujeres, e incluso niños, no llegarían nunca a esa tierra; pereciendo durante la travesía apiñados en las cubiertas o en las bodegas de esas grandes y arcaicas máquinas navales.

Ese fatal destino final era algo a lo que continuábamos expuestos en este tiempo; especialmente si se utilizaba para el viaje un motovelero, más velero que motor, del siglo pasado, cómo era el Telémaco. Una vez que habíamos embarcado, nos dimos cuenta de que esta operación se realizaba con bastante antelación. La razón era bien sencilla; los pasajeros que nos disponíamos a cruzar el océano éramos una carga clandestina que no debería ser detectada por las autoridades del puerto. A todos los efectos, nosotros no existíamos. La carga, lo que supuestamente era el objeto del viaje, era subida a bordo apenas dos horas antes de zarpar; no era necesario demasiado tiempo para hacerlo.

A pesar de todo, las cosas habían mejorado. Hace tan solo treinta o cuarenta años, la situación, el embarque de los emigrantes ilegales era bastante más complicada y peligrosa. Todo comenzaba con gente caminando a oscuras entre la arena y las piedras, subiendo a un barco sobrecargado, apretándose unos con otros. Algunos habían dado todo el dinero que tenían a los organizadores del viaje para poder emprender rumbo a lo que creen que será una vida mejor. Otros han hecho entrega de sus posesiones. Ya en alta mar, pasaban hambre, sed, vivían con piojos y rodeados de vómitos, las ropas, seguramente de no muy buena calidad, terminaban desgastadas por el salitre, algunos enfermaban, varios morían. Ese era el "crucero de placer" que estaban iniciando.

Ahora, suponíamos que entre la carga que se había subido a bordo del Telemaco, había víveres para darnos de comer; no esperábamos una comida exquisita; pero, que al menos nos alimentara de manera básica. Nuestra estancia, al menos durante un mes, estaría ubicada en las no demasiado amplias bodegas del barco. Allí nos encontrábamos ya todos, sentados encima de la manta raída que nos habían entregado a cada uno

de los pasajeros que habíamos subido al barco hace ya unas cuantas horas.

Por el momento, no sabría decir cuántas personas nos encontrábamos hacinados en las bodegas. Éramos más de cien, seguro. En aquellos años era muy difícil viajar de forma legal. Muchas personas que querían irse habían participado en sindicatos o partidos, por lo que estaban marcados por el franquismo. Se exigía un expediente de buena costumbre, incluso por el propio cura del lugar, y era muy difícil obtenerlo. Por ello, estaba seguro, la gran mayoría de los que estaban allí habían tenido que pagar las seis mil pesetas extra que costaban todos los papeles, falsos, pero necesarios para poder entrar en el país.

Los que habíamos estado trabajando en la mar, podíamos tener una idea de lo que nos esperaba con una travesía de esas características. Pero, no teníamos ni idea, nadie nos lo había dicho, ni nos lo iba a decir, lo que nos esperaba al llegar al país sudamericano. A pesar de la "falsa" euforia de muchos de los viajeros; yo tenía claro que no nos esperaba un camino de rosas cuando llegáramos, más bien todo lo contrario. La travesía, con saber que significarían el pasar unos malos días, no sería nada comparado con lo que nos esperaba al llegar a nuestro destino y comenzar nuestra vida en ese país.

Entre 1948 y 1950 Venezuela fue el destino más común. Allí, cuando llegaban en aquella época, además de ser enviados a islas-cárceles, los emigrantes también eran retenidos en "hoteles" o barracones para migrantes, donde permanecían al menos cuarenta días antes de ser usados como mano de obra barata en trabajos fundamentalmente agrícolas; y, eso los que tenían suerte. En muchos casos aquellas cuarentenas, con objetivo inicialmente sanitario, terminaba por ser el punto final para emigrantes que no llegaban en demasiado buenas condiciones físicas. La cuarentena los terminaba de matar

El Telémaco salió de la isla de La Gomera en febrero de 1950, con 17 personas a bordo, todos hombres menos una mujer, Teresa. Entonces, los pocos pasajeros que iban en el barco se encontraban relativamente cómodos. Cuando el barco tocó en el puerto de La Luz, el grueso de los inmigrantes que harían la travesía subieron a bordo; entonces sí, los pasajeros clandestinos se hacinaban de dos bodegas diferentes en las que tendrían que comer, dormir...; y hacer sus necesidades, salvo que se quisieran arriesgar a hacerlas por la borda del barco.

Por eso, por el hacinamiento, yo no había podido hacer en un principio un cálculo exacto. Las bodegas en las que nos encontrábamos eran las que originalmente se habían destinado a carga (lo que éramos, al fin y al cabo) y, difícilmente, podrán haber albergado a cincuenta personas en unas condiciones normales. Ahora sí que lo hacían; algún pasajero más, posiblemente llegaríamos hasta los ciento diez o ciento veinte. Ninguna

otra mujer había embarcado en la parada realizada en el puerto de La Luz.

Nos habían entregado, al subir al barco, una manta y una bolsa con gofio. Nuestro alimento durante dos o tres días. Naturalmente, esperábamos que nos dieran más, a partir de ese segundo o tercer día. Quizá éramos bastante optimistas. Los cinco conejeros que habíamos embarcado en el barco, nos manteníamos juntos y en esas horas de espera a que le barco zarpara, nos habían dado para que nos fuéramos contando nuestras vidas. Excepto, uno de los pescadores, que lo hacía por un intenso deseo de mejorar su situación económica y hacer fortuna en América, todos los demás lo hacíamos por miedo a la situación política que se había adueñado de todo el país. La miseria, el huir de ella, era una cuestión secundaria que nunca nos habría obligado a dejar nuestra isla.

La noche estaba tranquila; parecía que había buena mar y la situación para iniciar la travesía parecía inmejorable. Una sensación extraña invadió mi estómago, seguro que el de todos, cuando notamos que el barco se ponía en marcha y, en unos pocos minutos, habría dejado el puerto de La Luz y de las Palmas. Era inevitable el pensar que, quizá nunca más, volveríamos a estar en esta tierra; que nunca volveríamos a pisar tierra canaria.

IV.- LA TRAVESIA

El primer día de travesía resultó tranquilo. Las aguas estaban calmadas y teníamos comida y agua potable para beber. Lo único, el cansancio de estar encerrados y hacinados en las bodegas del barco. Al pasar ese primer día, el capitán de la nave, nos dio permiso para subir a la cubierta y poder estirar las piernas durante media hora, siempre que lo hiciéramos de manera ordenada. Debíamos hacerlo por turnos; cerca de ciento cincuenta personas, incluida la tripulación, paseando por la cubierta no

era algo que contemplara el capitán del Telemaco.

No había muchas posibilidades para entretenerse. Tan solo hablar, escuchar las historias atormentadas de las gentes que habían tenido que dejar su tierra y, en prácticamente todos los casos, a su familia. Era posible que, más adelante, si la cosa continuaba tranquila y el mar nos quería ayudar en la travesía, algunos de los pasajeros se animarían a cantar, contar chistes e historias alegres y, en definitiva, ayudarían a levantar la moral de los viajeros.

Pero, eso, el buen tiempo, no podía durar mucho. El tiempo comenzó a empeorar y la velocidad a la que evolucionaba ese tiempo desagradable parecía superar cualquier otro medio de transporte. El cielo comenzaba a estar negro, no importaba la hora del día en que nos encontráramos. El viento comenzó a aumentar de una manera completamente descontrolada; yo, a pesar de tener experiencia en la mar, nunca había visto nada así. No parecía, por la fuerza con la que pegaba, que el barco fuera lo suficientemente consistente como para aguantar los embates que el viento descontrolado estaba lanzando contra el barco

El navío escoraba como nunca antes lo habíamos visto, completamente revolcado y con las olas pasándonos por encima. Una y otra vez nos azotaban sin piedad. Sin tregua alguna para que, al menos, pudiéramos quitarnos el sabor salado de la boca y respirar un poco de aire puro. Y, dentro de las bodegas del barco, la impresión que producía esta tormenta era aún más sobrecogedora. Al no poder verlo, todos nos imaginábamos que la cosa era mucho pero de lo que, en realidad era; que ya era muy desagradable.

El ruido de las aguas al estallar sobre la cubierta era ensordecedor. El barco completo se cubría continuamente con la fría y abundante espuma del mar. Los winches, los cabos, la bañera, el barco entero era engullido por uno de los mares más ariscos y salvajes que yo había podido ver nunca. El viento, potente y recio, rugía sus 35 nudos en medio de la noche para que lo pasásemos mal, muy mal. Todos, incluidos los que estábamos familiarizados con los enfados de la mar, nos encontrábamos bastante asustados

Dos de los marineros del Telemaco fueron arrastrados por la tormenta que pegaba con fuerza contra el barco; fueron las primeras víctimas que se dieron en esta travesía. Los destrozos generados por el temporal eran tan grandes que la tripulación del buque no daba abasto a realizar las tareas y los trabajos indispensables que pudieran mantener el casco fuera del agua. Parecía evidente que se necesitaban más manos para poder realizar las muchas tareas que eran necesarias en esos momentos de zozobra para mantener la navegabilidad del Telemaco.

El primer oficial estuvo haciendo un par de preguntas rápidas a los pasajeros que nos encontrábamos dentro de las bodegas. Quería saber quiénes éramos hombres de mar para poder echar una mano, mejor las dos, a los hombres de la tripulación que aguantaban luchando contra el temporal. En total fuimos quince los que reconocimos haber estado faenando en un barco con anterioridad. Rápidamente nos pusimos a las órdenes de los marineros del Telemaco y, estoy bastante convencido, gracias a esa ayuda de urgencia se pudo salir con bien de la angustiada situación que estábamos viviendo.

Esos momentos, resultaron dantescos para todos. A pesar de mis muchos años en los que había estado trabajando en las aguas canarias, nunca había vivido una situación como aquella. Apenas podíamos hacer frente a los elementos; allí estábamos, de madrugada, alucinados viendo como una maraña de relámpagos nos daba caza por la aleta. Otro marinero más de la tripulación del barco fue alcanzado por uno de los rayos que estaban rodeando, o acertando de pleno, la cubierta del Telemaco. No hizo falta ni tirarlo al mar. El fuerte viento y las aguas que barrían la cubierta cada poco, se encargaron de llevarse el cuerpo carbonizado del pobre hombre.

La desesperación hacía que no pudiéramos detenernos y cesar con nuestras tareas. En varias ocasiones, mantuvimos el silencio durante unos minutos; como si aquella oración íntima en medio de la oscuridad nos fuera a sacar de las garras del lobo. Y, a la vez, sentíamos que también era una oración silenciosa para honrar al hombre que había sido abatido hacía unos instantes por los rayos. Tampoco teníamos demasiada fuerza. para entablar una charla.

Cada estruendo producido por los relámpagos rajaba el cielo de arriba abajo. Verlo nos asustaba, pero sentirlo retumbar en el cuerpo nos ponía los pelos de punta. En cada chispazo de luz, nos veíamos las caras desencajadas, el barco se nos iba de control constantemente. Nos enfrentábamos a algo verdaderamente fuerte. Las olas habían empezado a pasar sobre la cubierta calándonos por completo y destrozando todas nuestras maniobras. En medio de la inquietud desatada por los reventones del cielo, empezamos a convencernos de que nuestra aventura, nuestro viaje, iba a acabar allí.

El viento siguió subiendo hasta los 35 nudos. Navegando entre pantocazos duros, el mar castigó el barco y el motor murió. Era un motor antiguo y con no demasiada potencia; pese a todo, quizá, en algún momento determinado, podría haber ayudado a realizar la travesía de una manera más eficiente. Pero, el motor murió, a partir de ese momento el Telemaco se convirtió definitivamente en un simple velero. Ahora sí que dependíamos completamente de los vientos para llegar hasta las costas de Venezuela.

En ese momento de incertidumbre uno piensa en los familiares, en los amigos o en las personas cercanas. Piensa uno en contarle, fundamentalmente; quieres contárselo a alguien; no sé muy bien si para recibir apoyo o para encontrar algo de ánimo. Pero, ambas cosas resultaban imposibles en estos momentos. No son una buena compañía para coger ánimos los compañeros de viaje; las gentes que se encontraban aterrorizadas y que estaban mucho más convencidos que tú, de que todos íbamos a morir.

Pasadas seis horas terribles, de pánico y de esfuerzos sobrehumanos, el tiempo comenzó a mejorar; de hecho, unas siete horas después de haber comenzado la tormenta, la paz y la tranquilidad más absoluta se posó sobre el Atlántico por el que estábamos navegando. Daba la impresión de que la tormenta, las olas y los rayos, habían sido un mal sueño, una pesadilla que habíamos tenido mientras dormíamos hacinados en las bodegas. Que la buena mar, el buen tiempo que teníamos cuando salimos del puerto de Las Palmas, nunca nos había abandonado.

Pero, las consecuencias para el Telemaco habían sido terribles. Al fin y al cabo, estos eran unos barcos de pesca o de carga para realizar cortas distancias, que no estaban preparados para esos largos viajes. Cuando trataban de realizar este tipo de viajes, con frecuencia, se quedaban sin gasolina, y la tripulación no solía tener experiencia de navegación. Por todo ello, a veces, y tal y como pudimos saber con posterioridad, en vez de llegar a Venezuela, terminaban en Martinica o en la isla Trinidad o en Brasil. A algunos, los vientos los llevaron hasta Senegal.

En este caso, incluso las consecuencias pudieron llegar a ser mucho peores. Y ya lo habían sido; habíamos visto como, durante la tormenta, alguno de los bultos de la carga se lo había terminado por llevar la corriente. Ya, cuando la tormenta estaba cercana a finalizar, el cometido de los marineros que no formábamos parte de la tripulación, había sido el intentar tapar una vía de agua que se había abierto en una de las bodegas más bajas; éstas si, dedicadas a albergar fardos y paquetes de carga pura.

Si la tormenta hubiera durado unas horas más, hubiera sido una tarea imposible; no lo hubiéramos logrado. Pero, gracias a que el temporal tardó relativamente poco en amainar, lo logramos y pudimos tapar con éxito la vía de agua que podía haber llevado a todo el barco hasta el fondo del mar. Quiero creer que la ayuda que algunos de los pasajeros pudimos prestar, también ayudó a que el barco pudiera superar ese penoso trance.

El primer oficial nos dio las gracias, cuando todo estaba más tranquilo y parecía haber finalizado. Él era un maquinista naval bastante cualificado que, uno no sabe por qué extraña razón, había terminado por enrolarse en un barco que realiza viajes clandestinos hasta Venezuela. Parecía

conocer bastante de las vicisitudes que podían suceder en las travesías que los barcos menos preparados, como el Telemaco. Y nos explicó de una manera didáctica, a mis paisanos marineros y a mí, el por qué la tormenta que acabábamos de pasar había resultado tan devastadora. En primer lugar, nos habló de la tormenta eléctrica.

Los rayos que habían caído, habían provocado en la superficie marina una gran dispersión de energía, debido a la evaporación instantánea de parte del agua. Esto atenúa la intensidad de la corriente, por lo que unos pocos miliamperios (Un rayo alcanza unos 50.000 amperios) pueden alcanzar un radio de decenas de metros.

El temporal, cuando va acompañado de tormenta eléctrica, termina por provocar unas monstruosas olas que pueden llegar a volcar a barcos cinco veces mayores que el Telemaco. Los registros mencionan que las olas más altas en la historia fueron de 30,5 metros; en este caso, nos llegó a decir, las olas pueden haber alcanzado perfectamente los veinticinco metros de altura.

Por otra parte, intentó calmarnos; no parecía que este tipo de tormentas fueran a darse con mucha frecuencia. Una vez que se había dado esta, no volvería presentarse una nueva en esta zona hasta pasadas tres o cuatro semanas, como mínimo. Eso resultaba bastante tranquilizador.

V.- Y LLEGÓ LA CALMA

Con la llegada de la calma, de la tranquilidad que se había apoderado de la travesía, lo primero que pudimos notar es que teníamos hambre. Las provisiones que debería llevar de carga el Telemaco no terminaban de aparecer. Ante la aparición de esos momentos de paz, el capitán del barco aprovechó para convocar a todos los pasajeros y les invitó a rezar una oración conjunta para rogar por el alma de los marineros que habían muerto durante la tormenta. No todo el mundo asistió a la convocatoria de esa humilde ceremonia.

Yo, junto a los marineros que habíamos ayudado durante la tormenta, sí que participamos todos en esa sencilla, pero emotiva, oración que servía para despedir a los hombres muertos. Poco podíamos imaginar en esos momentos que, esas muertes, no eran más que el comienzo de todas las pérdidas que íbamos a tener a lo largo de esa travesía.

Y pasado ese emotivo momento, ya no había lugar para más distracciones. El hambre ya nos estaba empezando a agobiar; todos los pasajeros comenzaron a alzar la voz en demanda de comida, fuera lo que fuera, que la tripulación del Telemaco nos pudiera ofrecer. Pero, las raciones de gofio, o de cualquier otra cosa, no terminaban de llegar. Esto, sin embargo, era algo habitual en este tipo de viajes de carácter clandestino.

En todos los casos los barcos iban sobrecargados, la gente hacinada, y el hambre pegaba duro a mitad de trayecto. Los pasajeros, y la tripulación, comían, fundamentalmente, gofio. Pero, ya no había ni pan duro ni gofio; y también les faltaba agua, por eso muchos recurrían al agua salada, lo que provocaba enfermedades. Habían pagado hasta 6.000 pesetas por el pasaje, y con esta tarifa, al menos así lo anunciaban, incluían el sustento durante toda la travesía. Pero, la carga de vituallas que realizaban los barcos era más bien escasa.

Y, apenas habían pasado seis días desde que partimos del puerto de La Luz. Muchos de los pasajeros que no estaban acostumbrados a viajar por mar ya había vomitado absolutamente todo tipo de alimentos, tanto sólido como líquido, que había ingerido durante esos pocos días de travesía. Lo que, encima, hacía que las descomposiciones intestinales y la intoxicación por ingerir agua del mar, estaba haciendo que algunos comenzaran a enfermar de una manera seria. No había sanitarios a bordo, como uno se podría imaginar; por lo que las personas que estaban empezando a enfermar no iban a mejorar de manera rápida.

Posiblemente, uno de los pasajeros que más graves se encontraban era Santiago Hernández, el único de los pasajeros que se había atrevido a llevar a su mujer, Teresa, a ese peligroso viaje. La mujer estaba constantemente pendiente de sus cuidados; pero, no había medios, así que poco podía hacer exclusivamente con su compañía. Tanto era así, que Santiago empeoraba a cada hora que pasaba. Había sido el primero; pero no el único, las intoxicaciones por beber agua de mar sin desalar estaban afectando ya a varios de los pasajeros

Ante las quejas de los pasajeros, uno de los oficiales del buque se dirigió a nosotros y nos informó que el problema se había originado por la terrible tormenta que habíamos sufrido. Una parte importante de la carga de víveres había sido arrastrada por las aguas. Yo no terminé de creerme esa circunstancia; más bien parecía que nunca hubieran embarcado una cantidad suficiente de víveres para alimentar a la cantidad de pasajeros

que se habían embarcado.

Es cierto que las circunstancias meteorológicas habían empeorado la situación, que ya de por sí era mala, y los alimentos que estaban destinados a la tripulación también se estropearon de manera que no se pudieron utilizar. La situación era realmente mala; y aun faltaban muchos días de travesía. Tanto era así, que el capitán del barco se comenzó a plantear seriamente la posibilidad de dar media vuelta y regresar al puerto de origen. ¡Había mucho dinero que devolver si esto se hubiera llevado a cabo! A poco que se lo estuvo planteando, se dio cuenta de que no había ninguna posibilidad de hacerlo.

Y es que, ya a los pocos días de comenzar el viaje, el cocinero se percató del mal aspecto que comenzaban a tener los víveres, incluso antes de comenzara la terrible tormenta que habíamos sufrido. Aun así, fue haciendo todo lo posible para desperdiciar lo mínimo imprescindible. El terrible temporal que se había sufrido terminó por estropear los alimentos que ya estaban en malas condiciones. Desde el primer minuto de navegación, el agua fue racionada.

Ni el alimento más básico para el ser humano se encontraba en condiciones para ser suministrada a tripulación y pasajeros. El motor en malas condiciones y el combustible escaso nos hicieron quedar únicamente a merced de las velas bien pronto; a partir de cuyo momento la navegación iba a quedar condicionada por el capricho de los vientos reinantes, por lo que cualquier aspecto relacionado con la utilización de las velas suscitaba repetidas discusiones. El capitán no era una persona de una gran personalidad y muchos de los tripulantes condicionaban en gran manera sus decisiones.

Y el problema estaba en que muchos de aquellos hombres que formaban la tripulación eran pescadores, como yo, y nunca habían salido a mar abierta; así que, como precaución, al anochecer arriaban las velas dejando solo la más pequeña a modo de capa o de tormentín para aprovechar el viento y no verse desagradablemente sorprendidos por alguna ráfaga inesperada. Sin embargo, algunos opinaban que dejando desplegado todo el velamen se llegaría antes. El inestable ánimo se sosegó con una solución intermedia, se dejaría izada la grande.

El hambre y la deriva del barco estaba haciendo de aquella travesía un caos. Ni el capitán parecía saber gobernar la nave, ni las circunstancias estaba haciendo que marineros y pasajeros se encontraran a gusto en el barco. El hambre, la sed y las enfermedades que estaban comenzando a aparecer, tampoco daban la tregua suficiente para poder enderezar el rumbo.

Porque, las enfermedades ya se estaban empezando a hacer patentes. De los cinco paisanos de Teguisse, independientemente de que todos nos

encontráramos en malas condiciones, Santiago Cabrera, marinero como yo, y Sebastián Perdomo, se encontraban bastante mal. Su estómago dañado y la falta de una alimentación mínimamente sana, había hecho que su fiebre estuviera rondando los cuarenta grados. Terminó por llegar la primera muerte entre los pasajeros, Santiago, el Gomero, no aguantó más y terminó por dejar viuda a la mujer que lo acompañaba. Teresa también estaba dando síntomas de debilidad y, al igual que su marido, había caído enferma. Entre todos, intentábamos cuidarla de la mejor manera posible, que no era la más adecuada

Se estaban cometiendo errores en la manera de plantear el viaje; en la selección y el almacenamiento de las provisiones. Todo esto según las apreciaciones del Primer Oficial, Chano Rodríguez, seguramente la persona que más conocimientos tenía de la navegación y el que, con toda probabilidad, mejor hubiera podido guiar el barco hasta las mismas costas de Venezuela.

Pero, su relación con el capitán no era precisamente la mejor; y cualquiera de sus apreciaciones o sugerencias era desechada de inmediato por el capitán del barco. En esos días, y en base a la necesidad que uno tenía de encontrar gente sensata en ese infierno que iba camino de convertirse en nuestra destrucción, llegué a trabar una cierta amistad con Chano Rodríguez. La situación no servía para mucho más que para encontrar una cierta paz en medio de esa situación tan sumamente perturbadora y destructiva.

La situación era desesperada, sin alimentos y sin agua cada día era un martirio. Se recogía algo de lluvia; pero, apenas llovía y no era suficiente. Y la impotencia nos llevó, incluso, a beber agua salada a todos, incluso a los que sabíamos que eso no se podía hacer. Eso, como era de prever, no hizo sino empeorar la salud de las personas que habían comenzado a estar enfermas. Yo me resistí todo lo que pude, sabía de lo nocivo de ingerir agua salada; pero, finalmente, terminé por beberla. Y bien que lo sintió mi estómago.

Varios días moribundos, famélicos, casi sin nada que echarnos a la boca hasta que el día 30 se pudo divisar a lo lejos a un petrolero español, el 'Campante', quien lejos de socorrer nuestras necesidades y acogernos a bordo, se limitó a lanzarnos agua potable y arroz. Supongo que menos era nada; pero, para todos aquellos que nos encontrábamos a bordo del Telemaco, habiendo superado ya el límite de resistencia, aquel gesto, tan frío, indudablemente resultó extraordinariamente duro. Pero al menos, y a pesar de todo, para unas pocas jornadas, nuestra supervivencia quedaba garantizada.

La situación geográfica en la que nos encontrábamos, según nos habían dicho desde el "Campante", y el pequeño Atlas llevado por alguien en un equipaje que no se había perdido, nos ayudó a situarnos. La isla más

cercana era Barbados, de dominio inglés, pero algunos de los pasajeros, convencidos de que si llegaban allí las autoridades les devolverían a España, obligaron a poner rumbo NO; es decir, continuar hacía el destino previsto originalmente.

La disconformidad se hacía patente pues ir hacia Martinica suponía unos días de viaje más. Por ello, los partidarios de ir a Barbados tomaron el control de la nave con la intención de llevarla hasta allí. Pero tras varios días sin divisar tierra por parte alguna le entregaron el mando al Primer Oficial, Chano Rodríguez, quien puso rumbo, nuevamente, hacia Martinica a donde se suponía que deberíamos llegar poco después.

Pero, la travesía no había finalizado, ni muchísimo menos. En medio de ese caos en el que se había convertido la travesía, la tardanza en arribar hasta tierra firme, se empezó a cobrar las primeras víctimas. Junto con Santiago, dos de los pasajeros, de los primeros que habían enfermado, agotaron por completo sus fuerzas y su vida se extinguió definitivamente.

Las informaciones que nos habían llegado, nos avisaban de que podíamos encontrar un puerto de desembarco a no demasiada distancia. Todos nos hicimos la ilusión de que la travesía iba a finalizar; pero, no era así, los días pasaban y los pocos víveres que nos había facilitado el "Campante" se habían consumido también. Nuevamente hambre y sed; y todos los pasajeros, y algún miembro de la tripulación, que estaban enfermos comenzaban a empeorar.

No aguantó mucho más que su marido; apenas tres días después de que lo hiciera su marido, Teresa también perdió su vida. Ni siquiera pudo ver como el cuerpo de su marido fue lanzado por la borda. Para todos, la muerte de la pareja fue un momento terrible; la realidad nos había dejado ver que los sueños, las esperanzas..., no tenían mucha cabida en el Telemaco.

VI.- CAMBIO DE TIMÓN

El caos en que se había convertido la gobernanza de Telemaco no podía dejar indiferente a nadie. El hambre, el malestar y la rabia de todos los que estaban a bordo del buque, hicieron que las órdenes del capitán fueran contestadas hasta en sus indicaciones más intrascendentes. Y eso es lo que pasa cuando hay hambre, dolor y sufrimiento; las gentes que están siendo guiadas por alguien buscan de manera desesperada a alguien que les pueda liberar de todas las penurias que están sufriendo en esos momentos.

Y no son capaces de mirar las consecuencias. O de darse cuenta de que no es la persona que las guía; que son las circunstancias en las que se encuentran y que han sido propiciadas por otras personas. Era posible, que todas las penurias que estábamos sufriendo estaban propiciadas por unos dirigentes políticos que no estaban preparados para hacerlo y que eran ignorantes y tenían tan poca formación, que pensaban que su misión era perseguir, encarcelar o matar a los que habían perdido la guerra que ellos supuestamente habían ganado.

En el fondo, el capitán Melgar no era un mal hombre; lo hacía lo mejor que podía, lo mejor que sabía. Pero, su formación no le daba para conducir motoveleros que no estaban preparados para realizar travesía de un continente a otros. Él tampoco lo estaba; y para todos resultaba evidente que el Primer Oficial, Chano Rodríguez si que lo estaba; o, por lo menos, la gran mayoría creíamos que lo estaba bastante más que el capitán Melgar.

Chano Rodríguez se había ido ganando la confianza de casi todos, tripulación y pasajeros. Siempre daba la impresión de ser una persona bastante más preparada y tener unos conocimientos más sólidos para este tipo de travesías que con los que contaba el capitán del Telemaco, Oscar Melgar, que estaba realizando su primera travesía trasatlántica. Ni el buque, ni la distancia, eran las adecuadas. Por eso, había que contar con unos conocimientos muy sólidos de lo que suponía este tipo de navegación, para poder sortear de la mejor manera las muchas dificultades que, con toda seguridad, se iban a plantear. En esta travesía se habían una serie de dificultades; en otras se darían otras diferentes. Problemas que tenían que ser resueltos con mucha dosis de experiencia.

Y, Chano Rodríguez sabía llegar a la gente; hablaba con todos y a todos daba unas explicaciones que lograban tranquilizar las incertidumbres que se estaban generando. Además, contaba con la ventaja de que él no era el máximo responsable de dirigir los destinos del barco. Era posible que, bajo su mandato, todo hubiera llegado a ser poco más o menos igual; pero eso nunca lo llegaríamos a saber. Y, en el momento en que se produjo el relevo, ya no parecía existir remedio para los muchos males

que nos habían perseguido durante toda la travesía.

Al menos, logramos finalizar la travesía. Y nadie puede saber si, con el capitán Melgar, lo hubiéramos logrado de igual manera. El caso es que, con el descontento y la desesperación existente, a todos nos daba la impresión de que era necesario cambiar algo; de una manera radical. Y, en medio del mar, desesperados, al borde de la muerte, sin víveres ni agua, no parecía haber muchas alternativas en las que poder pensar.

Yo era uno del grupo de cuatro o cinco pasajeros que hablamos de forma regular con Chano para que aceptara coger las riendas de la navegación. Seguramente, el hecho de que sus condiciones físicas y de desesperación también fueran paupérrimas hizo que él pensara que era necesario realizar algún tipo de cambio. Y, además, su nivel de conocimiento de la navegación por alta mar, cosa que no tenía el capitán Melgar, le hicieron pensar que las cosas se pudieran hacer bastante mejor.

Lo malo era que, a esas alturas, ya no había la posibilidad de cambiar demasiadas cosas. Pero, todos necesitábamos creer que algo se podía mejorar y que nuestras condiciones de vida a bordo nos permitirían sobrevivir a la travesía. Por todas estas razones, no tardó mucho tiempo en aceptar. Cuando empezamos a comentar la posibilidad del cambio al resto del pasaje y a lo que quedaba de tripulación, la aceptación de ese cambio se produjo de manera unánime, con lo que todo estaba abonado para poder realizar el cambio en el gobierno del barco..

Entonces, parecía que había llegado el momento de hablar con el capitán Melgar. Yo estaba convencido de que el capitán aceptaría esa propuesta de cambio de mando con resignación, y un punto de alivio, debido a lo terrible de la situación. Pero, cuando estábamos hablando con él, antes siquiera de terminar con la exposición, su respuesta fue rotunda y su posición nos llegaba a plantear el que estaba, incluso, dispuesto a recurrir a la fuerza para que eso que le estábamos planteando no se llegara a dar de manera efectiva.

Chano Rodríguez no había participado en esa primera conversación, imagino que afortunadamente. Por eso, ante la negativa rotunda del capitán, salimos de su cabina con la cabeza gacha y sin saber muy bien que es lo que teníamos que hacer. Cuando le comunicamos al Primer Oficial el resultado de nuestra negociación; parecía que él sí que tenía bastante claro que es lo que era necesario hacer.

De manera inmediato se dirigió a hablar con tres o cuatro miembros de la tripulación, con toda seguridad los que en mejores condiciones físicas se encontraban. Parece que no le costó mucho convencerlos. Una hora después, Chano Rodríguez, acompañados por cuatro de los miembros de la tripulación con los que había hablado, se presentaron en la cabina del capitán. Cuando los vio aparecer por la puerta de su cabina, Oscar Melgar

parecía saber qué es lo que estaba pasando. No fue necesario hablar demasiado.

El capitán fue conducido a una de las bodegas; precisamente a la bodega que debería contener los víveres para alimentar a la tripulación y, aunque tan solo hubieran sido unos pocos días, al pasaje. Ese fue su residencia el resto de la travesía, el capitán no volvió a salir hasta que no completamos nuestra llegada a las costas del país que debía ser nuestro destino.

No hubo más incidentes por este motivo. Todo el mundo se tomó con tranquilidad el cambio de mando para guiar en su travesía al Telemaco. De hecho, se podría decir que, casi todo el mundo, lo estaba deseando y hasta se alegraron de que así hubiera pasado. Por una parte, y pesar de que no hubiera ni una sola posibilidad de mejora de las condiciones para que tuviéramos un cambio radical, no estaba mal el poder insuflar un poco de optimismo y esperanza a los viajeros que se encontraban a bordo del Telemaco.

Chano Rodríguez tenía claro, como lo estábamos empezando a tener todos lo que teníamos unas mínimas nociones de navegación, de las condiciones que se estaban dando en esta travesía. Pero, al igual que lo estábamos pensando todos, ahora, lo importante era poder ganar días de navegación; terminar cuanto antes con el tormento que estábamos sufriendo. Ahora teníamos buena mar; pero, en los dos próximos días cualquiera sabe las circunstancias que se podrían dar en la mar; que condiciones tendríamos.

Ya estábamos llegando al continente americano; eso, al menos, creíamos todos. Por lo que parecía estar cercano el hecho de que al llegar a tierra firme, fueran las costas de Venezuela o de cualquier otro lugar al llegáramos primero, podríamos tener agua potable y algún tipo de alimento comestible, fuera este del tipo que fuera y costara lo que costara conseguirlo.

En esos momentos, fuera Venezuela o cualquier otro lugar, eso no importaba demasiado. Para nosotros, la tierra prometida era cualquiera que significara poder caminar en tierra firme, encontrar agua potable sin límite para beber toda la cantidad de agua que nos fuera necesaria. La tierra prometida era cualquiera que nos pudiera garantizar que no íbamos a morir deshidratados, presa de las intoxicaciones producidas por beber agua de mar, el hambre que nos devoraba a nosotros, como si fuéramos seres comestibles. Y, en esos momentos, nos habiéramos conformado con lugar desierto, sin ningún resto de civilización; que, para poder comer, habiéramos tenido que pescar o cazar como lo hicieron los hombres primitivos.

¡Hasta eso hubiera sido la tierra prometida!

Porque ahora no teníamos nada, salvo hambre y enfermedad. Y miedo; y pena por haber tenido que lanzar por la borda los cadáveres de nuestro amigos y compañeros. En esos momentos ya éramos menos de cien pasajeros, contando pasajeros y tripulación. Con lo que, el hambre y las malas condiciones de la travesía, se habían terminado por llevar a más de un cuarenta por ciento del total de las personas que se embarcaron en el Telemaco en su salida del Puerto de Las Palmas.

Poco podía hacer por entonces el que había sido Primer Oficial y ahora era capitán; las condiciones eran realmente malas y no creo que hubiera muchas posibilidades de mejorarlas. Pero, de lo que, si estoy convencido, es que este cambio logró que la travesía se acelerara un poco y, lo más importante, que lográramos llegar con una parte del pasaje vivo a las costas de Venezuela.

Lo único bueno que tenía el encontrarnos en ese estado de debilidad, era que aflora la sinceridad, las confesiones que uno realizaría en sus últimos momentos. Yo hablaba más de lo habitual en estos días, después del cambio de timón, con Chano Rodríguez. Ante mis intentos de sonsacarle razón por la que no estaba enrolado en algún barco trasatlántico y lo había hecho en ese motovelero que pretendía realizar un tipo de travesía para la que no estaba preparado.

No tuve que insistir mucho. Me confirmó que, efectivamente había navegado en muchas ocasiones por alta mar; era un experto en esos menesteres. Pero, llegado el momento, el sueldo que percibía el primer oficial de un barco de esas características no le era suficiente. Para ganar un buen jornal, se enroló en un barco fletado por una banda de delincuentes que se dedicaban al transporte ilegal de opio.

En esa ocasión, la droga era transportada por unos individuos, él entre ellos, llegados en tren desde Lisboa, en donde había desembarcado procedentes de Turquía con siete bultos facturados como equipaje. Según explicaron en la aduana, su intención era trasladarse a Vigo con el objetivo de embarcar hacia América.

Los agentes comprobaron que había algo raro porque los papeles de los sospechosos no se correspondían a los empleados para el tránsito, y procedieron a revisar los fardos, no sin antes darse a la fuga todos los sospechosos; todos menos uno. En los tres primeros bultos fueron localizados 150 kilogramos de opio en pasta, género oriental, libros y prendas de vestir. En los bultos restantes se encontraron 184 botes con etiquetas escritas en francés en las que se podía leer «Higos de Esmirna al natural». Los envases tenían un doble fondo en el que se ocultaban otros ochenta y un kilogramos de la misma droga. Antes de emprender la fuga, uno de los sujetos exhibió un documento en el que constaba que el

contenido de los bultos era especialmente de higos de Esmirna con destino a México.

El alijo, una vez cumplimentado el papeleo correspondiente por parte de los aduaneros, fue escoltado por una pareja de la Guardia Civil para ser entregado al delegado de Hacienda. El único de los individuos que fue retenido al intentar pasar la aduana, fue entregado a la Guardia Civil

Esta acción deja en evidencia que el puerto de Vigo era utilizado entonces como vía de salida a ciertos tipos de drogas, que buscaban el mercado americano mucho más importante desde el punto de vista económico. Y, precisamente Vigo era la base de operaciones en donde Chano Rodríguez había embarcado y desembarcado en más de veinte ocasiones.

Esa vez no tuvo suerte; él fue el único detenido al salir mal la operación que intentaba llevar un importante cargamento de opio hasta la costa atlántica de Estados Unidos. Como consecuencia de esa detención, Chano pasó algo más de un año en la cárcel y, una vez puesto en libertad, las autoridades le prohibieron que volviera a embarcarse en cualquier tipo de barcos que tuviera previsto realizar una travesía por alta mar, que hiciera un recorrido de carácter transatlántico.

Por eso es por lo que Chano se vio obligado a enrolarse en este tipo de embarcaciones que realizaban estos viajes semiclandestinos, viejas y que no se encontraban preparadas para realizar una travesía de esa magnitud. Chano confiaba que, con el paso de los años, la prohibición que le impedía enrolarse en los barcos grandes, que iban a hacer las travesía entre Europa y América, quedara en el olvido y pudiera seguir ejerciendo sus habilidades como primer oficial; incluso como capitán,

VII.- LOS DIAS MAS DUROS

Las consecuencias de una travesía larga y mal planificada estaban empezando a ser devastadoras. Todos estábamos enfermos; las historias

terribles de gentes hambrienta que estaba comenzando a comer cucarachas, ratas y cualquier cosa, comestible o no, que apareciera delante de ellos, se estaba comenzando a dar entre pasajeros y tripulantes del navío. Era bastante corriente entre los que allí estábamos que, el hambre que estábamos padeciendo, nos hiciera tener alucinaciones de diferentes clases.

Lo puedo decir porque a mí también me pasó. Algunos de nosotros podíamos reconocer con total nitidez a nuestros padres, madres y hermanos con el mismo aspecto que tenían cuando nosotros teníamos unos seis o siete años. Queríamos que nos reconfortaran, que nos solucionaran los muchos problemas que nos estaban devorando en esta travesía. Pero, esto no era posible; nuestros males se mantenían de manera obstinada.

Y, a pesar de todo, la hambruna, los problemas de barriga, la enfermedad..., no era lo peor; lo peor era la muerte continua de nuestros compañeros, en muchos casos amigos, de viaje. Y ninguno, absolutamente ninguno, de nosotros podía descartar que el siguiente en fallecer fuera uno mismo. Tan mal estaba nuestra situación física. Los pocos víveres y el agua potable que nos había facilitado el "Campante" apenas duraron tres días y la situación de ausencia absoluta de suministros hacía pensar que, salvo que encontráramos un punto de desembarco en las próximas diez horas, absolutamente todos los que allí estábamos, íbamos a morir.

Y, en esos momentos, ni siquiera puedes recordar el por qué has iniciado ese viaje; no eres capaz de reflexionar si esto estaba mereciendo la pena, si el peligro era tan grande como para meterse en esta ruleta rusa. Las pocas ideas que te permite tener el hambre que te posee por completo, tan solo te permite pensar en lo que puedes hacer para sobrevivir.

Y eso pasaba por estar atento a cualquier tipo de bicho que se pudiera meter por nuestra boca; cualquier cosa que pudiera ser digerida, aunque fuera con dificultad. Y de eso no había mucho en el barco. Apenas algunas cucarachas y no más de una docena de ratas que, ante la caza furiosa a la que estaban siendo sometidas, se escondían de esmerada manera en los más recónditos rincones del barco. Parecían saber que eran el alimento preferido de los embarcados.

Más fáciles de conseguir, y un poco más abundantes, eran las cucarachas que, en pocos días, habían desaparecido, pese a todo, en su casi totalidad. Y ese era el alimento que más había incrementado las enfermedades de pasajeros y tripulación; porque las cucarachas puedan portar varias cepas de bacterias parásitos y hongos. Con posterioridad llegué a descubrir que las cucarachas pueden transmitir diferentes clases de virus, como le hepatitis; siendo este uno de los más comunes ya que crea una enfermedad intestinal. No creo que fuera ésta sola la

enfermedad que se estaba dando entre todos nosotros.

Un par de pasajeros que tenían algunas nociones de medicina nos comentaban que los síntomas que se estaban experimentando tenían similitudes con determinados productos venenosos, ya que los síntomas que la gran mayoría estábamos registrando eran muy similares a los de la comida envenenada. Es decir; tos y opresión en el pecho; problemas para respirar; náuseas y vómito; diarrea, fiebre y dolor articular y muscular. Algo que, en mayor o en menor medida, todos estábamos sufriendo en nuestro cuerpo.

Una posibilidad que nos estábamos planteando era la de la pesca. Es prácticamente imposible el realizar la pesca en alta mar. Sobre todo, si no se tiene los medios apropiados; y, la otra gran dificultad, si el buque está en marcha y no se detiene. Como yo, y algunos otros de los pasajeros habíamos estado embarcados en un barco de pesca, los hambrientos pasajeros del Telemaco nos pidieron que tratáramos de conseguir algo de alimento proveniente del océano. Lo intentamos en algunas ocasiones; sin demasiado éxito, por cierto.

Utilizando algunas redes, que no estaban especialmente preparadas para pesca, tratamos de conseguir algo de comida. Era complicado si no nos encontrábamos en un "banco de pesca". Pero, el hambre era tan extremo que, finalmente, pedimos al Primer Oficial que detuviera la marcha durante unos minutos. La gran mayoría, pese al hambre que estaba presente en todos los seres que allí viajaban, no querían dejar que el barco se detuviera y que, por ello, tardáramos más tiempo en llegar a nuestro destino. O, peor, que volviéramos a encontrarnos con una tormenta tan terrible como la que habíamos sufrido hace tan solo unos días.

El resultado fue decepcionante; apenas dos pequeños pescados que no dieron ni para alimentar a los más enfermos, a los moribundos. Todo el mundo estaba de acuerdo en que preferían no detener la marcha del Telemaco e intentar que la llegada al destino se demorase lo menos que fuera posible. Esa era nuestra obsesión; todos queríamos abandonar el barco, dejar esa travesía que nos estaba matando, con la mayor rapidez que el mar y Dios nos permitieran.

Ya lo estábamos esperando desde hacía un par de días; pero, no por esperado dejaba de ser una noticia terrible. Santiago Cabrera había muerto; se podría decir que finalmente; porque el pobre hombre llevaba ya dos días en que había perdido por completo el conocimiento y estaba totalmente desvanecido. Eso después de pasar los tres o cuatro días anteriores sufriendo por la fuerte deshidratación que le había producido el beber agua salada del mar.

Seguramente, debido a beber agua salada y a comer alimentos en malas condiciones, de los pocos que nos estaban dando en el barco, su estómago sufrió las consecuencias de la mala calidad de esos alimentos. Eso le produjo una serie de severos problemas intestinales; problemas para los que, a falta de un remedio mejor, solo se encontraba alivio a base de beber agua. Pero, el agua potable ya hacía tiempo que se había agotado en el Telemaco – eso fue antes del encuentro con el “Campante” -. Por eso no tuvo reparos, a pesar de conocer lo poco recomendable de ello, en beber agua del mar; y bebió agua en grandes cantidades.

Yo sabía que, irremediablemente, mi paisano iba a enfermar gravemente. Cuando bebemos agua salada, aumenta la salinidad de nuestra sangre y el exceso debe ser expulsado. Por tanto, para librarnos del exceso de sal del agua de mar, tenemos que orinar más agua de la que hemos bebido. Esto provoca una severa deshidratación que, si no se cuenta con cuidados adecuados y con una alimentación a base de productos ligeros y sanos, va a hacer enfermar severamente a la persona que ha ingerido las grandes cantidades de agua salada.

Eso, unidos a los problemas estomacales provocados por comer alimentos en malas condiciones, hizo que su salud empeorara en poco tiempo; incluso mucho antes que los demás. Evidentemente, no estaba en el lugar adecuado para ser tratado de esos males. Su salud fue empeorando con una rapidez que uno nunca había podido detectar en los enfermos de tu entorno que habías podido cuidar estando en tierra firme.

Yo lo había estado cuidando durante un tiempo; aunque, en las últimas horas se trataba más de una acción simbólica, que pretendía confortarlo de alguna manera. Pero, allí estábamos, turnándonos los tres paisanos que continuábamos pudiendo sostenernos sobre nuestras propias piernas. Los tres tratábamos de estar a su lado por si podíamos echar una mano con las pocas fuerzas que nos quedaba a nosotros también. Al igual que lo hacíamos al lado de Sebastián, el otro compañero que estaba realmente en las últimas por los mismos motivos.

Y, a las pocas horas fue él precisamente, Sebastián Perdomo, otro de mis paisanos, el primero que murió. Él todavía estaba consciente durante muchos momentos de sus últimas horas, no sé si se podría decir tal cosa en el momento de su muerte. Su debilidad era extrema; pero, estaba mínimamente consciente. Por eso teníamos la esperanza de que pudiera aguantar hasta que lográramos, por fin, tomar tierra; pero, no fue posible. Tuvo el suficiente conocimiento, en sus últimos momentos, para hacerme entrega de sus pocas pertenencias, las que se llevaba para intentar comenzar una nueva vida, algo que nunca se iba a dar, en ese anhelado nuevo mundo de Venezuela.

Un libro, una foto de su mujer y su hijo, unos pantalones y una vieja camisa, alguna muda (toda la ropa completamente raída) y algo más de

quinientas pesetas, que me cedió para que me ayudaran a comenzar mi vida en Venezuela. Tan solo me hizo prometerle que, si lográbamos llegar hasta las costas de ese país, cosa que en esos momentos estaba más que en duda, y lograba hacer fortuna allí, eso no lo ponía en duda, hiciera lo posible por ayudar a su familia, a la mujer y al hijo que habían quedado en la Villa.

Naturalmente, a pesar de que tenía muy en duda el que yo pudiera llegar en pie al momento del desembarco en las costas venezolanas, le dije que sí, que no sufriera por eso. Era lo menos que podía hacer por él, para ayudarlo a que abandonara este mundo en paz. No se si lo logré; pero su cara parecía reflejar cierto nivel de paz en el momento en que dejó de existir

Solo me quedaba cerrarle los ojos y ayudar a los miembros de la tripulación a echarlo al mar; para que el océano le sirviera de tumba. Uno más de los seres que estaban formando parte de esta desgraciada travesía y que terminaría su recorrido por este mundo en los fondos del Océano Atlántico. Algo poético para los que habíamos hecho de faenar en el mar nuestra vida; pero, no ea este el sueño que todos teníamos cuando abandonamos las Islas Canarias.

Los otros dos paisanos que sobrevivían con unos mínimos de fuerza en ese momento, comenzaron a llorar con desconsuelo al despedirnos de Sebastián. Yo no; no pude. Y no era por falta de ganas; pero, el poco líquido que quedaba en mi cuerpo hizo que no tuviera nada que pudiera correr por mis ojos. Y, a riesgo de ser un poco egoísta, lo cierto es que, en esos momentos, todos estábamos visualizando nuestra propia muerte; lo que estábamos convencidos de que en unas pocas horas tan solo, nos iba a pasar a nosotros.

Parecía evidente que, por mucho que alguno no lo quisiera reconocer, nos encontrábamos al límite, en el límite final, de nuestras fuerzas. Esas últimas fuerzas que uno no sabe muy bien de donde ha podido sacar; pero, de lo que se está seguro, es de que ya no quedan más.

VIII.- FINAL DE TRAVESIA

Muchos, creo que todos, ya habíamos olvidado el motivo que nos había llevado a emprender este viaje. En ese momento del mismo, nuestro único deseo, y el principal objetivo, era finalizar la travesía con éxito. Ya ni siquiera nos estábamos planteando que era lo que nos esperaba al llegar a Venezuela; y que muchos tendrían que hacer pronto el viaje de regreso hasta las islas. La inmigración en Venezuela había sido de suma importancia, desde la independencia del país en 1810. A partir de esa independencia, lograda hace casi dos siglos, comenzó a llegar gente de otros países europeos; pero no tanta cantidad como lo estaba haciendo a otros países del continente americano; por ejemplo, a Cuba y a Argentina.

Los primeros "inmigrantes", pese a todo, fueron españoles que se asentaron en la costa de Venezuela a principios del siglo XVI; bastante antes de que el país lograra su independencia. Después de lograr esa independencia, no fue hasta mediados del siglo XX, a raíz del auge petrolero, que el país americano no recibió un importante influjo inmigrante a, proveniente en su mayoría del sur de Europa, españoles e italianos. Pero, con especial relevancia, de la inmigración proveniente de todas las Islas Canarias. Los inicios del siglo XX no fueron propicios para la inmigración de extranjeros hacia Venezuela. En efecto, durante los 27 años que duró la dictadura del General Juan Vicente Gómez el flujo migratorio declinó sustancialmente debido a la desconfianza del régimen hacia la introducción de ideas progresistas o contrarias a los intereses de la dictadura reinante. Estaba claro que los inmigrantes europeos, que en esos años estaban inmersos en conocidos procesos revolucionarios, no iban a ser bienvenidos de ninguna manera. Sobre todo, teniendo en cuenta que los personajes que se veían obligados a emigrar, a huir, de esos países eran los revolucionarios más radicales que se veían forzados a salir de su país de origen si no querían terminar con sus huesos en la cárcel. O, peor, terminar sus vidas delante del paredón.

Mientras se estaba dando esta situación, las cosas no cambiaron hasta que, bajo el gobierno del general Eleazar López Contreras, se dan las circunstancias para que la inmigración adquiere nueva relevancia al formar parte del programa de gobierno del nuevo presidente. La necesidad de una inmigración selectiva es sostenida, predominantemente por dos figuras muy relevantes de la época: Alberto Adriani y Arturo Uslar Pietri.

Adriani en diversos escritos sostenía que uno de los problemas de Venezuela era el de una población muy pequeña y poco preparada en

artes y oficios. Por esa razón amparaba la conveniencia de la inmigración europea, tanto para aumentarla como para mejorarla. Por su parte, Adriani sostenía que la inmigración europea "blanquearía" a la venezolana.

Muchos de los que estaban viajando en el Telemaco pensaban que, con el solo hecho de ser blancos, ya tenían un salvoconducto para que sus vidas mejorase en el nuevo país al que trataban de llegar. Eso, al menos, pensaban al iniciar la travesía. Ahora, si el hambre les dejaba pensar en ello, lo único en que estaban pensando era en que el país americano les debía, por el mero hecho de haber intentado llegar hasta sus costas, el alimentarlos y el compensar todas las penurias que habían sufrido en estos días de navegación.

Y es que en Venezuela existió durante muchos años una ley que prohíbe, entre otras disposiciones, el ingreso de personas que no sean de raza blanca. Sin embargo, El país recibió muy poca inmigración antes de la Segunda Guerra Mundial porque las únicas personas urgidas de salir fueron los judíos y los españoles (republicanos o separatistas). De estos, los primeros no fueron recibidos en números apreciables por ningún país latinoamericano y los últimos vieron su entrada obstaculizada en Venezuela porque López Contreras pensaba que muchos de ellos eran comunistas. Unas 28.000 personas llegaron entre 1936 y 1940 pero, con la Segunda Guerra Mundial la inmigración se paralizó

Durante el tiempo de las colonias y hasta las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, la gran parte de los inmigrantes europeos que llegaron a Venezuela fueron canarios y su impacto cultural fue significativo, influyendo tanto el desarrollo del castellano en el país, así como la comida y las costumbres. Por eso, todos, cuando nos planteamos iniciar este viaje, pensábamos que el lugar al que nos íbamos a dirigir era una tierra en la que nos habíamos de sentir cómo en casa. Que esto facilitaría nuestra integración y que, en un breve periodo de tiempo, comenzáramos a ganar un buen dinero que nos ayudara a traer a esta tierra a toda nuestra familia, en unos cuantos meses.

Yo, siempre había sido optimista; me gustaba ver de cerca la esperanza. Pensaba que, si uno luchaba y faenaba de manera honrada, los objetivos que nos habíamos propuesto se podrían conseguir. Por eso, el que en esos momentos estuviera convencido de que no lo íbamos a lograr, de que moriríamos en apenas unas horas, me convencía definitivamente de que estábamos llegando al final de la vida de todos nosotros.

Ya no quedaba ni cucarachas, ni ratas, ni ningún otro bicho, fuera del tipo que fuera, que pudiéramos comer. Y nuestro estómago parecía que no iba a soportar mucho más el beber agua del mar sin desalinizar. Cada nuevo amanecer que llegaba suponía el despedirse de no menos de tres o cuatro personas que habían dejado de existir. De hecho, ya casi no teníamos

fuerza para envolvernos en una lona y después lanzarlos al mar.

En realidad, creo que todos pensaban cómo yo; sentíamos que la muerte supondría una enorme liberación para quitar el sufrimiento, enmarcado en el hambre, la sed y los múltiples problemas de estómago, que todos padecíamos. De alguna manera, nuestra mente se debatía entre el muy humano espíritu de supervivencia y el deseo de dejar de sufrir y de que todo aquello finalizara de una vez. No era el único y, estoy seguro, en muchos casos, ese deseo, aceleró el final de las personas que se encontraban en la más difícil situación.

Me sorprendió el escuchar, con la fuerza que lo hizo, el que alguien contara con energías todavía para poder gritar "¡Tierra!". Apenas teníamos fuerza para levantarnos y poder mirar por estribor, que era por donde el vigía había señalado la ubicación de esa visión fuertemente sesgada. Cuando lo pude hacer, comprobé con mis propios ojos que no había duda. Una costa, aun brumosa, estaba ya a nuestro alcance; no mucho más de una hora y el Telemaco estaría a una distancia suficiente para poder lanzarse al mar e intentar llegar a nado hasta tierra firme

El primer oficial, ahora capitán, se dirigió a todos nosotros y nos dijo que, por fin, lo habíamos conseguido; pero deberíamos tener paciencia, un poco más de paciencia; que lo peor había pasado. Ahora, era cuestión de encontrar el lugar adecuado para poder atracar y lograr desembarcar de la mejor manera posible. Insistió en que ya no quedaba mucho.

Todos estábamos débiles; eso hacía parecer que no teníamos ningún ánimo y que nos daba igual el llegar a destino o no llegar. Pero, no era así en absoluto. Los que conservábamos apenas un pequeño hilo de energía, nos pusimos a ayudar a lo que quedaba de tripulación, a realizar las tareas necesarias para el atraque del barco. Esas tareas estaban resultando mucho más lentas de lo que solía ser habitual, debido a la poca energía que teníamos todos los que las estábamos realizando en esos momentos.

Chano Rodríguez no dejaba de animarnos; pero, el mismo sabía que no sobraban las fuerzas y que estábamos haciendo todo lo que podíamos, y de la mejor manera posible. Apenas contábamos con tino para poder fijarnos en esas cosas. Pero, si lo hubiéramos hecho, nos habríamos podido dar cuenta de que el tiempo estaba realmente extraordinario. Era tal y como nos lo podríamos haber imaginado justo en el momento de comenzar la travesía. Un momento en el que pensábamos que iban a desaparecer todos nuestros padeceres y que, de verdad, comenzaba una nueva y venturosa vida para todos nosotros.

Por el lado de estribor, nos pareció ver como se acercaba un barco en el que se podía leer la palabra policía. Creo que todos, sin excepción, nos sentimos aliviados al ver como ese barco nos iba a abordar. Lo primero

que pensamos es que las autoridades venezolanas llegaban en nuestro auxilio; que llegaban a socorrer a las personas que se encontraran peor estado. Todos nos encontrábamos en un estado realmente lamentable.

Pero, no pasó mucho tiempo antes de que nos pudiéramos apercebir de que esto no era así. Al menos, no era sí del todo.

IX.- LLEGADA A VENEZUELA

Cuando la gran mayoría de los allí viajábamos comenzamos a preparar el viaje, la situación política que íbamos a encontrar en el país sudamericano, nos animaba a hacerlo. Nos pensábamos encontrar un gobierno radicalmente distinto al que había quedado en nuestro país al finalizar la guerra civil y que, en la gran mayoría de los casos, era la razón que no estaba obligando a partir de nuestro país rumbo a destinos más acogedores

En 1948 en Venezuela había un gobierno democrático encabezado por Rómulo Gallegos, famoso escritor, que no tenía relaciones diplomáticas con la España de Franco. De hecho, mantenía una embajada de la República española, como algo simbólico. Bajo su mandato los emigrantes españoles eran bien recibidos, porque se les consideraba antifascistas y se sabía que sufrían la dictadura y la pobreza que llegó tras la Guerra Civil.

Pero, el 20 de noviembre de 1948 se produjo un golpe de Estado en Venezuela que lo cambió todo. A partir de ese momento, los españoles que antes eran considerados antifascistas ahora eran vistos como comunistas en un sentido despectivo, como ilegales, como clandestinos. Venían sin papeles, en su gran mayoría. Cuando llegaban los recluían en la isla de La Orchila, hacinados, agolpados unos con otros, o en la de Guasina, que era mucho peor, con un olor insoportable y condiciones

de salubridad nulas. De hecho, varios murieron en Guasina.

Es cierto que esta situación se dio antes de que comenzáramos nuestro viaje; que nos llegaron noticias de ello. Pero, ya era tarde, era bastante difícil el cancelar este viaje y buscar algún otro destino que fuera más favorable. Porque, era patente que muchos de nosotros necesitábamos salir de suelo español para poder intentar llevar una vida normal, con un mínimo de dignidad.

El barco de la policía venezolana que parecía querer abordar el Telemaco, finalmente lo hizo. Pero, las ayudas que esperábamos recibir no terminaron por llegar; su objetivo era otro muy distinto. Los agentes arrestan a la tripulación con intención de enviarla de vuelta a su país. El resto es trasladado a una pequeña isla, en condiciones de insalubridad, de la que no pueden salir durante semanas. Ni siquiera les entregan ropa limpia.

Al menos, todos recibieron algo de alimento en condiciones y agua potable para poder beber. Pero, parecía evidente que sus penalidades no finalizan al tocar el primer puerto venezolano. En estos momentos, parecía claro que lo emigrantes no eran bienvenidos en absoluto al país. Ninguno de nosotros tenía la fuerza necesaria para dejar de hacer todo aquello que nos estaban ordenando y poder revelarse.

“Nuevos inmigrantes en el puerto de Carúpano”, rezaba el titular del diario venezolano Agencia Comercial, fechado el 25 de mayo de 1949. En él se referían a los 106 canarios llegados en el barco Telemaco y a otros 57 procedentes de otro pesquero interceptado días antes. El Telemaco, el mayor de esos barcos, era un velero de 19 metros que tardó 46 días en cruzar el océano Atlántico, empujado por los vientos alisios. A bordo iban los ciento seis pasajeros mencionados y seis personas, el capitán y el primer oficial formando parte de la tripulación. La mayoría eran pescadores y campesinos de Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura, que vendieron todo lo que tenían -su ganado, su barca, su vivienda o entregaron sus ahorros para pagar las seis mil pesetas que les pedían por el pasaje clandestino. Un jornalero ganaba en las islas, como mucho, doce pesetas al día.

Era una información bastante similar a la que habían aparecido en la prensa venezolana en esos tiempos. En este tipo de información, se daba cuenta de las circunstancias que se estaban viviendo en el archipiélago, especialmente, y que eran las que empujaban a esa gente a tener que embarcar y tomar rumbo al país sudamericano.

Y es que, la vida en Canarias no era fácil en aquellos años. Las condiciones económicas eran malas, la pobreza golpeaba duro en todo el territorio canario. Por poner un ejemplo, en la isla de El Hierro no había ni escuelas ni luz eléctrica. En el resto de las islas menores, la situación no

era mucho mejor. En las islas capitalinas, la situación en cuanto a trabajo e infraestructuras era sensiblemente mejor; pero, allí, los que habían sido señalados como adversarios políticos de "Régimen" se encontraban mucho más señalados y expuestos

Solo entre 1948 y 1950 salieron unos 65 barcos de Canarias rumbo a Latinoamérica. Y, estoy completamente convencido, todos pasaron por las mismas penalidades, o muy parecidas, por las que habíamos pasado nosotros. Era muy difícil poder calcular que porcentaje de los inmigrantes que habíamos salido de canarias en esos años, pudo llegar con vida, no se podría decir "sanos y salvos" al país sudamericano. Muy posiblemente no pasaba del sesenta por ciento.

Mirado con perspectiva, uno puede considerar que vivió una epopeya que quedó integrada en la historia de las Islas Canarias: Pero, para quién nos tocó vivirlo, no estábamos seguros que no hubiera sido una completa locura que hicimos presos de la desesperación y, en algún caso también, del mucho hambre que padecíamos; nosotros y toda nuestra familia. Y que no había merecido la pena

No cabía duda, pese a todo, que hubo una "Canarias migratoria" desde el siglo XVIII hasta la década de los ochenta del siglo XX. La mayoría de las personas que migraban de las islas eran hombres jóvenes, solteros, pescadores y agricultores, muchos en edad militar o perseguidos por el régimen franquista. Algunos historiadores llegaron a calcular que, en solo ocho años del siglo XX, salieron 128.000 canarios de todas las islas, rumbo a América. Especialmente a Venezuela; seguramente atraídos por la cantidad de inmigrantes de esas islas que siempre, desde su independencia, habían arribado a este país.

Mientras recuperábamos nuestras energías, al haber podido comer algo en condiciones y beber agua potable, comenzábamos a tomar conciencia e que nos dirigíamos a una cárcel. Posiblemente, una igual a que nos hubiera esperado en nuestra tierra y de la que estábamos tratando de huir. Entre los primeros pasajeros que comenzábamos a recuperar nuestro "ser", se comenzó a hablar de cómo podríamos arreglárnoslas para poder salir de ese encierro al que nos estaban abocando.

Los otros dos paisanos de Tegui se que continuábamos vivos y yo, en nuestras conversaciones, comenzamos a plantearnos la posibilidad de escapar cuanto antes. Dos de los tres éramos marineros con una cierta experiencia; y, creíamos que tendríamos dificultades para realizar una travesía de pocas millas; tal y como sería en este caso.

Lo cierto es que no dejábamos de fijarnos, a medida que parecía que nos acercábamos a nuestro destino, de la calas y pequeños puertillos de los que podríamos obtener una pequeña falúa que nos pudiera acercar al lugar en que no pudiéramos encontrar con el destino con el que habíamos

planeado encontrarnos al llegar a Venezuela.

El Telemaco había quedado en el puerto de la guaira. Ahora, viajábamos en un barco de la armada venezolana, conducidos por marinos del ejército, que nos llevaba hasta un destino de lo que ya, algunos de los pasajeros que habían llegado vivos al final de la travesía, todos nos encontrábamos ya bastante recuperados, parecían haber oído hablar a algún pariente, vecino o amigo que había realizado esta misma travesía con anterioridad.

Y, lo que contaban, mejoraba algo la situación crítica con la que nos habíamos encontrado durante el viaje. Pero, por lo relatado, no serían demasiada la mejora que íbamos a experimentar.

X.- EL CONFINAMIENTO

El tiempo que teníamos en nuestro destino era desagradable; el día era gris y lluvioso; el asomarnos por la borda del barco, no producía ningún tipo de tranquilidad. Por lo que habíamos escuchado a alguno de los marineros del barco del ejército venezolano, estábamos llegando a la isla Guasina. Lo que les oíamos comentar, algunas palabras sueltas, no era demasiado tranquilizador. Hablaban de algunas de las penalidades que, previsiblemente, íbamos a pasar en ese lugar.

Esta isla está ubicada en el estado Delta Amacuro y desde un par de años antes de llegar al año 1950 funcionó como cárcel del gobierno del presidente Marcos Pérez Jiménez. Las "cualidades" de este lugar fueron conocidas en todo el mundo a partir de ese momento. No parecía que las penalidades que íbamos a padecer allí fueran peores que las que habíamos padecido en el Telemaco. Pero, estábamos firmemente decididos, si esto fuera posible, a no llegar a comprobarlo. Lamentablemente, no teníamos ni las fuerzas, ni se daban ninguna de las condiciones para intentarlo siquiera.

La isla tenía aproximadamente ocho kilómetros de largo y unos cuatro kilómetros de ancho, con aproximadamente tres metros sobre el nivel normal de las aguas del río. Al igual que el resto de islas del Delta, era una tierra muy caliente y lluviosa, llegando las temperaturas a alcanzar 40 grados de día y 30 grados de noche. A esta circunstancia debíamos agregar que llueve todo el año, no hay mes donde no se observen fuertes

precipitaciones, razón por la cual el islote está formado principalmente por varios pantanos.

En esta isla ya funcionó una prisión en el año 1939. Al ser clausurada, la isla quedó desierta hasta 1943, cuando fue convertida en un campo de concentración para inmigrantes indocumentados; hasta que en 1949, sus internos serían puestos en libertad. Entre 1951 y el 15 de diciembre de 1952, cuando ya nosotros habíamos salido del confinamiento, durante la Junta de Gobierno encabezada por Germán Suárez Flamerich, eran encerrados en este mismo penal criminales de alta peligrosidad, según el gobierno del país, y acusados de terrorismo. En realidad se trataba de prisioneros políticos; entre los cuales figuraron militantes y dirigentes de los partidos de izquierda Acción Democrática (AD) y Partido Comunista de Venezuela (PCV).

Parecía que nos estábamos encontrado en el país americano aquello de lo que nos habíamos ido huyendo de nuestro país, de nuestra tierra. Resultaba que nos iban a encarcelar, no por ser inmigrantes ilegales, sino por ser presuntos prisioneros políticos que debían ser confinados en un lugar que resultaba realmente insufrible y difícil de aguantar por la dureza del confinamiento y las condiciones meteorológicas que allí se daban.

A esto había que agregarle los trabajos forzados, las torturas de todo tipo, insectos transmisores de enfermedades, el hambre y la falta de atención médica; todo esto destinado a llevar a los infortunados que estuvieron allí a la muerte con el mayor de los sufrimientos. Por eso, la conversación permanente de todos cuantos nos encontrábamos allí, eran que posibilidades había y que plan podríamos llevar a cabo para fugarnos.

Aunque, en realidad, nuestra situación había mejorado algo con respecto a la que estábamos sufriendo en el barco; a todos nosotros nos estaba empezando a dar la impresión de que esto no era así. La comida, la poca comida que nos suministraban, era realmente infecta; aparte de la mala calidad, la salubridad de la misma no era precisamente la mejor.

Por si esto solo no fuera suficiente motivo de sufrimiento; había otros muchos factores que hacían nuestra estancia realmente peligrosa. Por ejemplo, la presencia constante de lluvias que provocaban la permanencia perenne de especies peligrosas para el hombre tales como las culebras de agua, las cuaimas [culebras venenosas], caimanes, el peligroso "caribe" o piraña. Se podían observar arañas venenosas y otras especies similares en el lugar, como el chipo, causante del Mal de Chagas; mosquitos transmisores de paludismo, amibas histolíticas productoras de la disentería amibiana, tifus, etc.

En este medio no había agua potable de ningún tipo, la vegetación solía pudrirse en el lugar debido al fuerte calor y presencia del agua sucia, ocasionando miasmas en los pantanos. El agua potable que nosotros, y los

guardianes, consumíamos era trasladada hasta este lugar en un barco tanque del ejército venezolano. No siempre llegaba, desde luego nunca a tiempo. A pesar de encontrarnos en tierra firme, las dificultades para poder consumir agua potable estaban siendo las mismas, o similares, que cuando nos encontrábamos embarcados en el Telemaco.

La mínima recuperación que habíamos registrado al llegar a primer puerto venezolano, se estaba esfumando casi por completo. Nos encontrábamos otra vez desfallecidos y al borde de la muerte. Lo peor era que, esta debilidad nos estaba llevando a que los múltiples planes que se habían realizado para llevar a cabo la fuga de este lugar no se llevaban a cabo; no teníamos fuerzas para llevar a cabo alguna de las acciones de fuga que habíamos planificado y que nos hubiera requerido mucha más energía de la que podíamos reunir. El tiempo pasaba y continuábamos allí recluidos.

En los más de seis meses que estábamos pasando allí, otros nuevos contingentes de inmigrantes ilegales estaban comenzando a poblar la isla de nuevos desgraciados que comenzarían a sufrir los padecimientos que estábamos padeciendo nosotros. Una buena cantidad de paisanos, que habían logrado sobrevivir a la travesía, no lo pudieron hacer a la estancia en esta isla, esta cárcel deberíamos decir, y murieron de la manera más miserable.

De lo que mi mente llega a recordar; algunos de los veleros conocidos que había realizado la ruta de Canarias en esa época y que terminaron por recalar en esa isla, mientras que los pasajeros supervivientes del Telemaco nos encontrábamos allí, fueron lo que viajaban en los barcos *Rosa de los Vientos*, *La Elvira*, *Saturnino* -que tardó 86 días en llegar a su destino- o *El nuevo Teide*, que llevó a 286 emigrantes. En total nos llegamos a juntar cerca de seiscientos canarios confinados en esa isla; esperando por salir con dirección al continente.

Y todos habían tenido una travesía muy similar a la que había tenido nosotros. Ni siquiera, cuando hablábamos con los pasajeros supervivientes les podíamos contar nuestras penalidades, salvo para autoconsolarnos, porque con cualquiera de ellos con el que hablaras te contaría cosas más horribles y extremas que las que te habían sucedido a ti mismo.

Todas las historias parecían hechas por el mismo guion. Por ejemplo, el *Rosa de los Vientos*, que salió de la isla de La Gomera en agosto de 1950, con 171 personas a bordo, todos hombres menos una mujer, María Dolores. En alta mar se agotó la gasolina y prosiguieron a vela, hasta que estalló un fuerte temporal que destrozó el timón del barco y arrastró por la borda buena parte de las reservas de comida que llevaban a bordo. La historia nos sonaba bastante; un desarrollo parecido a la historia que nosotros habíamos tenido que sufrir.

Llegaron a comer gofio con gusanos o mezclado con agua salada, según relataría posteriormente Juan Chinaa, uno de los supervivientes con el que coincidimos en el confinamiento. Cuando ya pensaban que morirían de hambre, sed o enfermedad, el *Rosa de los Vientos* se cruzó con el crucero de lujo estadounidense *Bell Gold*, cuya tripulación les informó por megafonía de que la tierra más próxima era Barbados, pero que también podían navegar hasta Martinica, y les pidió que no se acercaran al crucero, porque temían el contagio de enfermedades.

A distancia, pero eso no les importó a tripulación y pasajeros del *Rosa de los Vientos*, les enviaron unos cuantos barriles de agua potable y una importante cantidad de kilos de harina. Esto, tal y como nos había pasado a nosotros, aunque no diera para la totalidad del resto del viaje, seguramente sirvió para que una parte del pasaje pudiera llegar a tierra con vida

Finalmente, el *Rosa de los Vientos* arribó a Martinica con sus viajeros agotados, hambrientos, muchos enfermos y unas cuantas bajas. Chinaa no olvida la generosidad de la gente que allí los recibió y los cuidó antes de emprender rumbo de nuevo. "Era la primera vez que muchos veíamos a negros", nos contó cuando nos relataba la odisea que habían pasado durante la tormentosa travesía.

Cuando llegaron a Venezuela fueron trasladados a la isla de Orchila, que se usaba para poner el ganado en cuarentena. Les llevaban comida una vez a la semana en un barco y dormían en el suelo, no recibían ropa limpia, por lo que algunos andaban desnudos o con jirones de ropa destrozada por el salitre del mar.

En la isla de La Orchila coincidieron varias expediciones de canarios, estarían allí confinados en torno un mes o dos meses, después los habían llevado a todos a la isla Guasina, para trabajar, sin permiso, en condiciones de semiclandestinidad. Allí fue en donde coincidimos todos, en una situación de cautiverio que parecía no iba a terminar nunca; en donde se quemó casi definitivamente nuestro sueño de encontrar una nueva y, sobre todo, mejor vida.

La gran cantidad de vigilantes del ejército venezolano y, de manera fundamental, el hecho de encontrarnos en una isla y resultar del todo imposible el encontrar una embarcación en condiciones, abortaba nuestros planes, cualquiera de los cientos que llegamos a hacer, de poder escapar del lugar. Los nuevos paisanos canarios que iban llegando a la isla, igualmente tenían la ilusión de poder encontrar una vía de escape hacia la libertad. Pero, el tiempo pasaba, y el confinamiento en ese lugar ya se estaba convirtiendo en rutina.

La Elvira fue otro de los barcos que hizo leyenda. Era un pesquero viejo, de más de 90 años, que salió en 1949 de Canarias. En los días anteriores

algunos ocultaron en sus casas de Las Palmas a personas procedentes de otras localidades que tenían intención de embarcar. La noche elegida se escabulleron por el muelle, se subieron a varias canoas y se dirigieron, haciendo esa travesía, al barco, que los esperaba en la isla de Fuerteventura.

Cuando estaban trepando a la cubierta la Guardia Civil intentó interceptarlos, pero el capitán optó por desplegar velas y emprender rumbo a aguas internacionales, con la suerte de que el viento sopló a su favor y pudo dejar detrás a los agentes. Esto nos lo contaba uno de aquellos emigrantes, Gonzalo Morales, que hacía referencia a los problemas de hacinamiento y de escasez de alimentos que sufrieron en el trayecto. Se alimentaron de gofio, garbanzos y patatas podridas.

A mitad de camino una tormenta estuvo a punto de provocar su naufragio y causó la rotura del timón. La Elvira tardó 36 días en cruzar el Atlántico. Cuando llegaron, una lancha de la Guardia Nacional venezolana los remolcó y los trasladó a un centro de inmigración. De allí, los soldados los llevaron hasta la isla en la que se encontraría con cientos de paisanos que habían hecho un viaje similar y que, desgraciadamente, había tenido el mismo final.

Cuando ya la desesperanza se había mezclado con el tedio y el agotamiento; finalmente, en el mes de noviembre de 1950, llegó la orden para los guardianes que nos estaban custodiando en la isla, de que nos tenían que evacuar de ese lugar. No podíamos creer que esto estuviera sucediendo; nadie nos dio ningún tipo de explicación de lo que había sucedido. Tampoco queríamos saberlo; el hecho es que nos trasladaba al continente. Y se rumoreaba, de esto no estábamos seguros ni nos lo queríamos creer, que al llegar a Caracas, todos los que nos encontrábamos allí confinados, seríamos puesto en libertad. Y no habría ningún tipo de condición para que esto pasara.

No parecía que fuera una decisión humanitaria, ni de que habíamos terminado nuestro periodo de cuarentena. Más bien se trataba de una decisión política; de llevar a cabo una especie de "lavado de imagen" del gobierno venezolano de cara al exterior, a Norteamérica y algunos países europeos. Las noticias que hablaban de trabajos forzados en régimen de semiesclavitud se estaban extendiendo por la prensa internacional.

XI.- LA LLEGADA A CARACAS

Por este último motivo, lejos de llevarnos a otro centro de internamiento, finalmente nos dejaron a todos en libertad; una total y completa libertad que tan solo tenía como barrotes el dinero, los medios para salir adelante. Ya podíamos trasladarnos sin ningún tipo de problemas por todo el país americano; sin dinero y, casi, sin posibilidad de conseguirlo. Tan solo con la esperanza de que algún paisano se pudiera apiadar de nosotros y nos diera cualquier tipo de trabajo para que pudiéramos ganarnos la vida y subsistir.

Porque, había un doble barrotes que nos mantendría confinados durante un tiempo más; el estigma. Los inmigrantes ilegales no íbamos a tener fácil el podernos integrar plenamente a una sociedad caraqueña que, en ese momento, no toleraba muy bien a los que habían llegado de las islas españolas. Ni aunque esas gentes fueran descendientes de paisanos que había llegado del mismo lugar del que veníamos nosotros.

Claro que, no todos los símbolos venezolanos, caraqueños, tenían que ver con esa inmigración canaria. Caracas debe su nombre a una tribu que habitaba el valle costero de Los Caracas, contiguo a la actual ciudad por el norte, topónimo que, en este momento todavía estaba vigente. La Casa Natal de Simón Bolívar todavía se encontraba ubicada en Caracas, allí nació el Libertador en el año 1783 y se localiza en la Parroquia Catedral de Caracas. El libertador seguía siendo, y más en esos momentos, el símbolo más arraigado que tenían los naturales de este país suramericano.

La ciudad de Caracas se situaba en un valle a unos 900 metros sobre el nivel del mar, rodeado de cerros que superan los 2000 metros y de zonas verdes como los bosques de El Ávila. La zona tiene riesgo sísmico y se habían producido hace años algunos terremotos de intensidad elevada. El último que los venezolanos recordaban se había producido en el año 1.945; aún se podían apreciar algunas secuelas de los movimientos sísmicos que se habían producido en ese año.

El país era pobre y le costaba bastante el encontrar su camino desde el punto de vista económico; pero, una serie de circunstancias comenzaron a cambiar el rumbo de esa condena a la pobreza que parecía tener el país. Porque, en Venezuela se empieza a explotar el petróleo a partir de 1875, después de un terremoto, precisamente, comienza a salir petróleo en

grandes cantidades por una de las grietas producidas por el movimiento telúrico en la hacienda "La Alquitrana" del Estado Táchira perteneciente al Señor Manuel Antonio Pulido.

A raíz de este hecho se forma la primera empresa petrolera venezolana que se dedicó a explotar industrialmente al petróleo. La empresa se llamó "Compañía Nacional Minera Petrólia del Táchira" o "Petrolia del Táchira". Más tarde se construyó la primera refinería en la cual se producía mensualmente 60 galones de gasolina, 165 de querosén, 150 de gas-oil y 220 de residuos. De estos derivados del petróleo, el querosén era el de mayor utilidad, se utilizaba para el alumbrado y para las primeras cocinas.

Eso debería haber servido para que el desarrollo económico del país se disparara y todos sus habitantes pudieran vivir de una manera desahogada. Pero, como suele suceder en estos casos, la avaricia de unos pocos, de unas pocas familias, hizo que ese bien tanpreciado tan solo enriqueciera unos pocos bolsillos. Mucho, por cierto; los pocos que se enriquecieron se enriquecieron mucho.

Aunque, lo peor vino a partir de mediados del siglo veinte; todo ese dinero, toda esa riqueza que estaba generando el petróleo, ni siquiera se iba a quedar para los bolsillos de unas pocas familias venezolanas. Las grandes compañías petroleras internacionales comenzaron a manejar la producción del petróleo en este país y, de su producción, ni siquiera se iban a poder beneficiar los sirvientes de esas familias señaladas que lo habían aprovechado hasta ahora.

Ellos, esas familias, habían ganado tanto dinero que no iban a notar que los grandes pozos petrolíferos del país ya no estaban en sus manos. En la época en que nosotros arribamos a la ciudad las diferencias entre los muy ricos y el resto de la población no eran tan acusadas. Pero, con el paso del tiempo, estas diferencias se fueron haciendo cada vez más significativas.

En ese tiempo, Caracas era una ciudad de calles largas, rectas y anchas, orilladas por casas bajas, blancas y espaciosas, con patios y jardines en su interior. En las fachadas de muchas de ellas campeaban escudos nobiliarios. Pura presunción, en realidad, la mayoría de sus habitantes habían sido inmigrantes, como nosotros y, posiblemente, descendientes de delincuentes o de represaliados políticos; muchos de ellos canarios. Aunque, estaba seguro de que ese origen no les iba a hacer apiadarse de nuestras miserias y limitaciones.

Nuestra entrada en la ciudad se produjo por el mismo lugar por el que lo habíamos hecho la primera vez que llegamos con el Telemaco, el Puerto de la Guaira. Al menos, en esta ocasión, pese a que veníamos cansados y desesperados de nuestro periodo de confinamiento, éramos plenamente conscientes de dónde y en qué circunstancias llegábamos al país. Nada

que ver con la primera vez que lo hicimos, cuando nuestro deplorable estado de entonces nos impedía darnos cuenta de lo que estaba pasando en realidad.

El Puerto de La Guaira es el nombre que recibe una instalación portuaria localizada en la Avenida Soublette, en el municipio Vargas del Estado La Guaira, al centro norte del país sudamericano de Venezuela. Siempre se le ha considerado uno de los puertos más importantes del país (junto con el de Puerto Cabello en el estado Carabobo) no solo por los volúmenes de carga que maneja, sino por su localización estratégica cerca del incipiente Aeropuerto internacional (a 6 km El Aeropuerto Internacional de Maiquetía Simón Bolívar que fue inaugurado el 1 de enero de 1945) y por su relativa cercanía con la ciudad capital de Caracas (a aproximadamente 30 km).

Una de las primeras cosas que hice al llegar a Caracas fue la de interesarme por Chano Rodríguez, el hombre que finalmente había logrado que el Telemaco llegara intacto a tocar las costas venezolanas. La guardia costera venezolana no estaba dispuesta a dar demasiadas explicaciones a un inmigrante ilegal que, había bastantes posibilidades, abandonaría en breve el país. Logré que me dijeran que, como capitán del barco que transportaba inmigrantes ilegales, Chano Rodríguez había sido detenido y no nos pudo acompañar a la isla Guasina.

A partir de ahí ya no quisieron, o no supieron, decirme si se encontraba encarcelado o había sido extraditado con dirección a España. El caso es que nunca más volví a ver a Chano Rodríguez. Los primeros meses tuve interés en localizarlo; pero, con el paso del tiempo, los muchos problemas que uno tuvo que vivir, hicieron que las prioridades pasaran a ser otras muy distintas.

Siempre me había gustado leer y escribir, me preciaba de eso con algunos de mis compañeros que no lo podían hacer en absolutos. Por eso, desde los primeros días de nuestra llegada comencé a leer, en la medida de nuestras posibilidades, los periódicos locales. Sobre todo "El Nacional". En la prensa se podían leer algunas noticias que podrían llegar a ser importantes para nuestra integración en el país

Por ejemplo, el día 17 de abril del 51, la noticia principal de la primera plana decía: Se funda la Cámara Venezolana de la Radiodifusión. El día 18 de abril: Se publica el estatuto electoral que permite el voto para los mayores de 21 años, y se da nuevamente permiso de funcionamiento a los partidos políticos. Quizá habría esperanza de que las personas progresistas y de izquierdas, como yo, pudiéramos llegar a tener un hueco en el país.

Porque, por el momento, no había hueco para mí; ni para ninguno de los pasajeros que habían venido en alguno de los veleros que se habían atrevido a atravesar el Atlántico en tan penosas condiciones. Aparte de

encontrar una mínima rendija que nos diera una tregua para que pudiéramos comer lo básico para mantenernos, no había nada más. Penuria y desesperación.

Un día se pasa, - piensas que todo va a mejorar en el próximo amanecer - ; pero tres días de hambre y desesperación te empiezan a doler. Cuando ya estas empezando la tercera semana en estas condiciones, te olvidas de todas las promesas que has hecho y que eras consciente de que tenías que cumplir. Y las perspectivas no ofrecían otra visión que no fuera la de pedir ayuda incondicional a quién pudieras haber conocido en tu vida anterior.

Por eso, comencé a recordar a un tío segundo de mi mujer, emigrado a Venezuela desde unos años antes de que estallara la guerra civil, y que había logrado, cuando quise comenzar mi viaje, que el departamento de extranjería del gobierno venezolano, visara una carta de llamada en la que hablaba de unos supuestos trabajos que, ya se había encargado de dejarme claro, no existía de ninguna manera. Puede, pensé que, si me veía en este estado tan lastimoso, terminaría por ayudarme y lograr que los primeros pasos en este país me pudieran llegar a ser un poco más confortables y me ofreciera algo de ayuda.

Traté de recordar la dirección que nos había dado cuando estaba en Tegui, preparando el traslado. Finalmente, después de dos días, pude recordar que traía entre mis pertenencias su carta con las ofertas de trabajo visadas por el gobierno venezolano. Tras recordar esto, pensé que, la carta con toda probabilidad, habría desaparecido con el tremendo ajetreo de los distintos avatares que se dieron durante todo el viaje. Pero, no era sí; al revolver entre las pocas cosas que me habían quedado, pude encontrar un sobre descolorido, ajado por todo lo que había pasado, por el aguar que la había envuelto en varias ocasiones.

Los papeles que había en su interior se encontraban prácticamente ilegibles. Milagrosamente, el remite de la carta se encontraba en unas magníficas condiciones de legibilidad; había un nombre y una dirección que se podían leer perfectamente y que indicaban su dirección.

Mientras iba a la busca de la dirección del remite, me vino a la memoria las pocas conversaciones que habíamos intercambiado en esos momentos en que se estaba preparando el viaje. El señor Juan Lorenzo, que así se llamaba el pariente de mi mujer se había encargado, mediante las tres o cuatro llamadas telefónicas que hubo por medio, de recalcar que se desentendía de mi desde el momento en que tuviera en mi poder la carta visada. Nada me podía ofrecer y, por tanto, nada me ofrecía. Debía quedar claro que el texto de las cartas que habían visado era tan solo un pretexto para que no pudieran problemas a mi entrada al país en el que

me encontraba en estos momentos.

Me acercaba a la dirección que ponía en el remite; no parecía un barrio demasiado elegante el de la dirección. Por fin pude localizar la casa; estuve tocando el timbre no menos de cinco minutos; por fin, un hombre de unos cincuenta años abrió la puerta. Le pregunté por Juan Lorenzo y me dijo que el mismo era. Al identificarme, me puso mala cara; muy mala cara. En seguida pasó a recordarme lo que habíamos hablado, por carta y por teléfono, antes de comenzar el viaje. Ni siquiera me invitó a pasar al interior de su casa.

Estaba a punto de irme abatido, derrotado, como me estaba pasando regularmente con todo lo que intentaba hacer en este, para mí, nuevo país. Cuando, de manera súbita me derrumbé; no pude impedir el comenzar a llorar con desconsuelo. Juan no sabía que hacer; una de las cosas que le decía, entre unos fuertes sollozos, es que estaba hambriento, que estaba pasando mucho hambre y que me encontraba al borde del desfallecimiento. Esto sí que logró que se apiadara de mí; entonces permitió que entrara en el interior de su casa y me dijo que me sentara en una mesa que había en el interior de una pequeña cocina que no parecía, ni mucho menos, la cocina de una casa lujosa.

De un pequeño refrigerador sacó un cazo con algo de alimento en su interior. Juan puso al fuego el contenido de ese recipiente y, pasados dos o tres minutos, lo puso en la mesa, delante de mí, acompañado de una generosa ración de pan y un vaso de vino. No parecía ser una comida cocinada por un gran cocinero; pero, para mí fue un auténtico festín. Lo que Juan me había ofrecido, y yo comí con fruición, era un plato de ropa vieja; era ropa vieja preparada al estilo conejero, aunque, me pareció por el sabor, que no todos los ingredientes eran los que se solían cocinar en la receta original que se preparaba en la isla.

Una vez que hube terminado con la comida, Juan Lorenzo me invitó a que abandonara la casa. Yo le insistí en que estaba dispuesto a realizar cualquier tipo de trabajo, por muy duro o degradante que este fuera. De momento, tan solo quería unas pocas monedas que me permitieran comer una vez al día. Ante mi insistencia, a Juan Lorenzo no le quedó más remedio que sincerarse.

.- Tengo la impresión de que no sabes dónde estás en realidad. No te creas todo lo que hayan podido decir allá, en Lanzarote; esto puede ser bueno para todos aquellos que vienen con dinero, con mucho dinero. Si no es así, aquí seguirás siendo el mismo desgraciado que eras allí. Yo llevo aquí unos quince años ya; y no he regresado porque pienso que allí iba a seguir siendo el mismo desgraciado que lo soy aquí, o más.

.- Pero...; yo pensé, por lo que habías dicho. Lo fácilmente que

conseguiste los visados... ¡No se!

.- Falsos, los visados son falsos; pagué un dinero por ellos. Lo di por bien empleado por hacer ver que era un hombre de negocios de un cierto poder. Luego eché de menos ese dinero; pero, bueno...

.- .../...

.- ¡Entiéndelo, no te voy a ayudar por que no quiera! ¡Es porque no puedo! Yo no soy nadie, un inmigrante con trabajo bastante precario que lo pude perder en cualquier momento. ¡Punto!

Me despedí de mi paisano quedando en que ya no volvería más a visitar esa casa. Parecía evidente que se tendría que buscar otro camino si quería comenzar a levantar cabeza en esa nueva tierra a la que había llegado en esos días.

XII.- DESESPERACION

Los días iban pasando; ya hacía cuatro semanas desde que habíamos abandonado la isla en la que estábamos confinados y habíamos llegado a Caracas. Allí nos abandonaron sin darnos ninguna otra posibilidad que no fuera buscarnos la vida por nuestra cuenta. Pero, evidentemente, esos años que corrían entonces no era un buen momento para los inmigrantes en el país suramericano.

Nadie quería darnos trabajo, no creo que uno solo de los que llegamos procedente de la isla Guasina lograra un trabajo de más de una jornada con el que ganarse la vida. Muchos días no podíamos ni comer, afortunadamente, el agua potable era gratis. Pero, tan solo eso; algún trabajo de un solo día descargando mercancía, una jornada suelta en trabajos de construcción, o cosas por el estilo, nos daban para comer durante un par de jornadas. Y como último remedio, alguna persona piadosa que se pudiera apiadar de nosotros y no diera un plato de comida

para ese día. Tampoco es que esto último abundara demasiado.

Porque, quien esto hacía, el apiadarse de nosotros, no eran personas adineradas, eran personas humildes que, posiblemente, se había visto en la misma situación en algún momento y se apiadaban, hasta donde les daba las pocas monedas que tenían. Y, finalmente, llegamos a hacer algo que nunca hubiéramos pensado en hacer, ni siquiera cuando ya llevábamos varias semanas vagabundeando por las calles de Caracas; robar, robar comida.

Yo, ante ese estado de desesperación, había comenzado a robar en las tiendas; sobre todo en las fruterías que tenían expuesto su producto en las aceras, a la vista de todo el mundo. El hecho de que me hubieran cogido, me habría llevado a morir de vergüenza en la isla de Lanzarote; ahora, en este momento, me daba igual. No pensaba en eso, tan solo en la remota posibilidad de poder llenar mi estómago con algo comestible.

Ni siquiera teníamos la posibilidad de comer ratas, cucarachas, o cualquier otro pequeño animal de los que estaban por las calles de la capital. No teníamos en donde cocinarlos, como pasaba en el barco. Dormíamos y descansábamos a la intemperie, en algún lugar que pudiera estar a resguardo de la vista de la gente. No hacía demasiado frío en esos momentos. No pensábamos, no llegábamos tan allá, en los tiempos en los que hiciera realmente frío y nos tuviéramos que proteger de las lluvias y las inclemencias del tiempo.

Hacía tan solo unos meses de que la corriente de opinión de la población venezolana comenzara a calificar a los inmigrantes de indeseables, malhechores, comunistas y piratas; propalando, en relación a este último calificativo, la falsa noticia de que el "Antonio Carballo" había sido asaltado en plena faena de pesca, en las costas del país, y su patrón asesinado por unos indeseables que a continuación pusieron proa a Venezuela.

Ni siquiera el hecho de que no nos pudieran diferenciar, por la manera de hablar, de los naturales del país, servía de mucho. Al pedirnos papeles de identificación y comprobar que no teníamos; o que los que teníamos, correspondían a nuestra identidad española, nos señalaba claramente como inmigrantes que, posiblemente, habían entrado en el país de una manera ilegal. O que, mucho peor, habíamos estado confinados y realizando trabajos forzados en las islas habilitadas a tal efecto por el gobierno venezolano.

Para la gran mayoría de la población, esto era identificado cómo haber estado preso, cumpliendo trabajos forzados y pagando las penas que, normalmente tienen que pagar los delincuentes más peligrosos. El hecho de que, en eso llevaban razón, una gran mayoría de inmigrantes, había

tenido problemas con el Régimen español por sus ideas y militancia socialista, en una época en que el gobierno venezolano había virado claramente hacia la derecha, no era la mejor de las credenciales para estar en estos momentos en el país.

Esta identificación de los emigrantes canarios con el modo de hablar y las costumbres de la población venezolana ha sido una constante a lo largo de la historia. No podía ser de otro modo si tenemos en cuenta que la inmensa mayoría de la población blanca venezolana tiene sus raíces en las Islas Canarias. Como contrapartida, también los venezolanos han visto en los inmigrantes canarios a individuos bastante semejantes a ellos.

Sin embargo, la enorme masa de inmigrantes llegados a Venezuela, ya por vía legal, a partir del año 1951, contaría con detractores tanto a nivel institucional como popular, argumentando que estaban trasladando capitales fuera de la República. Todos los canarios conocieron una larga serie de décimas que comenzaban denunciando el elevado estatus que habían alcanzado los inmigrantes:

**Venezuela está minada de inmigrantes forasteros,
quien vale es el extranjero, el de aquí no vale nada.**

Y esas otras que decían

**Es la gente más nombrada que hay en toda la nación,
le dan mucha estimación y viven como un pachano
y el pobre venezolano en tan mala situación.**

Toda esta corriente, que hacía tan solo unos pocos años no había sido de la misma manera, trataba de incitar a la población venezolana a acabar con esta plaga de los foráneos que estaban llegando del extranjero, sorprendiéndose, seguramente el mismo autor de:

**que los de aquí todavía que manejan un volante
no se lleven por delante al menos quince por día.**

De hecho, me empezaron a llegar noticias de que se estaban organizando expediciones que pretendían realizar el viaje de vuelta, y en las mismas condiciones, que nos había traído hasta aquí. Con el paso del tiempo, uno se da cuenta que los más pragmáticos, optaron por llevar a cabo esta solución. Para algunos, el orgullo, el miedo a regresar derrotados, habiendo gastado el poco capital que tenía tu familia, en una aventura que había terminado mal; que solo había servido, aparte de malgastar el dinero, para ganarte unos meses de sufrimiento infrahumano, de

humillaciones, de hambre, de enfermedades.

Y eso en el mejor de los casos. Porque, para muchos, este viaje tan solo había significado la muerte. El que las esperanzas de conseguir libertad, una vida más próspera, mejor, tan solo habían logrado que tus últimos días fueran un rosario de penalidades y sufrimientos.

Y no queríamos regresar a nuestro pueblo, a nuestra casa, con ese sentimiento, con esa realidad, ofreciendo a los tuyos tan solo el haber malgastado el dinero que tanto les habías costado ahorrar. Y ese sentimiento de derrota; ese era la única razón de que todos, un noventa y nueve por cien de los que habíamos logrado llegar a tierras venezolanas, no nos apuntáramos a esos viajes de regreso que se estaban organizando.

No nos daba miedo, ni el tormentoso viaje de vuelta que preveíamos, que ya conocíamos y habíamos vivido en la ida; ni el tener que endeudarnos, ninguno teníamos el dinero suficiente para poder pagar esa travesía, por varios años y pagar con nuestro trabajo a la vuelta, en Lanzarote o en donde fuera, ese pasaje maldito que nos llevara al punto de partida

Yo no tenía apenas contacto con la gran mayoría de los paisanos que habían estado confinados en la isla de la Guasina; apenas un poco con los dos paisanos que quedaban vivos de los cinco que emprendimos el primer viaje desde Lanzarote hasta el Puerto de la Luz. Pedro San Ginés, marinero como yo, lo tenía meridianamente claro; él si se iba a embarcar en uno de los viajes de regreso que se estaban organizando.

Me dijo que el pasaje costaba unas cuatro mil quinientas pesetas, que con los intereses que se vería obligado a abonar, el total del pasaje se subiría hasta las nueve mil pesetas. Le habían ofrecido pagarlo en diez años. Seguramente, si no podía hacerlo en ese periodo de tiempo, el plazo se ampliaría y tendría que pagar los correspondientes intereses extras. Trabajar todo ese tiempo, puede que toda su vida, para pagar el pasaje de vuelta; pero, no le importaba. O, mejor, le importaba menos que estar malviviendo aquí, lejos de los suyos y con unas perspectivas de futuro que eran menos que nada. No estaba dispuesto a aguantar todo eso; a pasar años y años de sufrimiento. Si lo hacía, al menos que fuera en su tierra, al lado de los suyos y con un trabajo digno.

Manuel Rodríguez, en cambio, había logrado encontrar un trabajo, por llamarlo de alguna manera, en malas condiciones, y mucho peor pagado. Una empresa le había ofrecido unas condiciones de semiexplotación, gracias a sus conocimientos, al hecho de que sabía leer y escribir perfectamente, tenía unos ciertos conocimientos de inglés y su formación era más que extensa para el tipo de trabajo que le estaban pidiendo

realizar.

Él si pensaba quedarse. No es que creyera de manera cierta que su futuro se presentaba brillante. Pero, al menos, había conseguido un trabajo. Y, sobre todo, no tenía noticias de que, en España, la represión política hubiera aflojado de manera significativa. La persecución por parte del Régimen y sus acólitos iba a seguir. Incluso, puede que fuera a pero en los años próximos. La cárcel, el despido de cualquier trabajo medianamente digno que pudiera encontrar, era lo que sabía que le esperaba en Canarias; al igual que en cualquier otra parte de España. Por eso, había decidido, por el momento y hasta que mejoraran las cosas allí, permanecer en el país americano.

Eso sí, a pesar de todo me confesaba cuando hablé con él la posibilidad de volver, aun a costa de realizar un gran sacrificio cada mes, iría guardando el poco dinero que pudiera, para que, desde el momento en que la represión política cesara, o al menos se suavizara, cogería un pasaje de regreso a Lanzarote para poder vivir allí, aunque esto llegara cuando apenas se pudiera mover, los últimos años de su vida. Le bastaría con esto, no le importaba.

Nunca he llorado más en toda mi vida. Cuando esa tarde, Pedro San Ginés zarpaba en el velero "La Gaviota" con dirección al puerto de La Luz, en Las Palmas, sentía como mi corazón se rompía en más de mil pedazos. Y, desde luego, no es porque partiera mi amigo, mi compañero de penurias, al que seguramente nunca volvería a ver en toda la vida.

Lloraba porque era yo el que deseaba partir; porque envidiaba a mi amigo; porque no me importaría los casi dos meses de muerte en vida que me ofrecería la travesía. Todo con tal de volver a vivir en la tierra que me vio nacer. Eso era toda una utopía en esos momentos. Uno se imaginaba el haber nacido en esos momentos, estar libre de los estigmas que se tenían del pasado. Y poder coger un pasaje, aunque eso significara endeudarse para toda la vida, con destino a Lanzarote y poder vivir el resto de mi vida en la isla.

Desgraciadamente, Pedro san Ginés no lo iba a poder hacer. Unos seis meses después de partir "La Gaviota", un rumor comenzó a correr entre los conocidos de las islas que habíamos coincidido en el confinamiento; "La Gaviota" había naufragado y todo su pasaje, y su tripulación, en ese terrible naufragio. Nadie pudo llegar hasta la isla de Gran Canaria.

Lo que había comenzado siendo un rumor, que comentaba todo el mundo, se confirmó vía información de "La Nación" que ofreció varias noticias que daba cuenta del trágico hundimiento del motovelero "La Gaviota". El moderno buque de `pasaje "Sea Blue" de nacionalidad inglesa había llegado tarde para poder realizar el salvamento de los que iban en el barco, Tan solo encontraron unos cuantos tablones de madera y a un

único superviviente, el jefe de máquinas del barco, José Manuel Bravo García, que, aunque en unas deplorables condiciones, finalmente pudo ser salvado y se encontraba con vida. Nadie más del pasaje o tripulación había logrado sobrevivir.

XIII.- PRIMEROS MOMENTOS EN LA NUEVA TIERRA

A pesar de la situación con que nos encontramos en ese momento, lo cierto es que la contribución de los canarios, los que llegaron hace años, en el desarrollo del país resultó ser de una extraordinaria importancia. Y con el paso de los tiempos se ha llegado a reconocer. Fueron muchos y mucha la lucha que esta gente llevó a cabo hasta conseguir que esa pelea tuviera sus frutos positivos. Como suele suceder siempre, la suerte, el sentido de la oportunidad, el esfuerzo, la picardía, el tener los pies en el suelo; y, ¿cómo no...? el talento de cada persona, terminaron por imponerse al final.

La contribución de los canarios a la modernización venezolana fue decisiva en el ámbito de la agricultura. Sectores como el tomate, el plátano, la cebolla o la papa, le deben a ellos en buena medida su activo protagonismo. Regiones como las de Barquisimeto, Valle de Pascua, Orituco o Coro vieron reformadas sus estructuras agrarias con la apertura de pozos y la generalización del regadío. Pero no fueron sólo agricultores, también jugaron un papel en la industria, el comercio y el sector financiero. En la distribución al por mayor de productos agrícolas su hegemonía fue casi absoluta; y no solo eso; en otros mercados como el de la distribución de automóviles, su importancia resultó bastante nítida.

No parece, sin embargo, que el sector de la extracción y la distribución del petróleo, el más importante del país en los principios de siglo XX, fuera un sector en donde dejaran entrar a los inmigrantes canarios, y puede que de ningún otro lugar; al menos de una forma mayoritaria. Pero no importó, una gran cantidad de inmigrantes canarios se fueron posicionando a base de sangre, sudor y lágrimas

Por eso, en cuanto ya llevaba unos meses de residencia en el país, me quedó claro que debería buscar entre los paisanos; no todos estaban dispuestos a ayudar; pero, algunos pocos, y en la medida de sus posibilidades, sí que lo estaban; y fue a ellos a quienes me dirigí para conseguir empezar a prosperar en el país de acogida. El primer trabajo vino justo por ahí. Por medio de un paisano que conocía a otro canario que había abierto un restaurante en el centro de Caracas, llegó el que sería mi primer trabajo fijo, con una nómina regular y unas condiciones de trabajo que resultaban aceptable.

El sueldo no era demasiado alto. No parecía que eso lo fuera a encontrar de una manera fácil. Pero, resultó lo suficientemente familiar como que tuvieran la paciencia de esperar que fuera aprendiendo un oficio que yo no conocía en absoluto. Me imagino que esos primeros días mi desempeño era un tanto desastroso; pero, fue una profesión que terminé por aprender.

Y, en cierto modo me dio tranquilidad cuando, pasados unos meses, intenté probar fortuna en otro trabajo en el que pudiera ganar algo más de plata. En esos momentos, una vez que parecía haber pasado el hambre y una miseria extrema de los primeros días, era lo que más necesitaba. Uno de los clientes del restaurante me había hablado en un puesto en una empresa en el sector comercial.

Se trataba de una distribuidora que pretendía vender, de manera específica, entre la comunidad canarias de Venezuela. Yo tenía ya bastantes conocidos entre los paisanos que vivían en la capital venezolana; incluso, había conocido a algunos, especialmente de la isla de Lanzarote, que vivían en provincias y que visitaban la capital. Había establecido unas buenas relaciones con muchos de ellos. Como, además, sabía leer y escribir, faceta esta que había mejorado en la isla, en los tiempos en los que estaba desempeñando un cargo sindical en los tiempos previos a la ya finalizada guerra civil española.

Nunca quise salir a buscarme la vida a ninguna de las provincias del Estado venezolano; ni siquiera en los que tenía conciencia de que existía una colonia canaria mucho más grande y con una mejor posición económica. Me parecía que esto hubiera significado el iniciar otra inmigración, el volver a probar fortuna otra vez, el estar dando tumbos y tumbos hasta que pudiera "tocar la lotería". Al fin y al cabo, yo no poseía una preparación profesional especial, no contaba con una fortuna que hubiera traído desde mi tierra; y no había venido al amparo de algún familiar o amigo cercano de origen canario

Por eso, desde un principio me instalé en Caracas, ciudad en la que viví durante 38 años; y nunca me planteé el salir de allí. En ese tiempo llegué a desempeñar distintos oficios (al menos trece en Venezuela), entre los que podemos destacar el de mesonero en varios establecimientos,

empleado de una empresa en el sector comercial, camarero en un restaurante, autónomo con un negocio ambulante e incluso sacristán. Sorprendente de una persona que había tenido que salir huyendo de su país con la vitola, la que ponían entonces, de ser un "rojo peligroso" y tener alergia a todo lo que tenía que ver con los curas y con todas las actividades religiosas que tanto habían tenido que ver con nuestra huida de la patria.

Pero había que vivir. Y eso lo había entendido perfectamente el pariente de mi mujer, Juan Lorenzo. Él fue quién sabía perfectamente que no iba a rechazar la posibilidad de trabajar como sacristán en una de las iglesias de la parroquia de Antímano, el barrio en donde él vivía y una de las más pobladas de la capital. Resultaba que le había hecho unos trabajos en la capilla del Santo Ángel al sacerdote que estaba al frente de la iglesia; este se le quejó de que necesitaría, vendría realmente bien, el que una persona se ocupara de mantener la pequeña iglesia en condiciones; abrir y cerrar cada día para que los fieles no tuvieran que esperar y, también, para que lo pudiera ayudar a officiar misa en los días, muchos días, en que llegaba el sacerdote a esta capilla con el tiempo justo, muy justo de officiar misa.

El sueldo era realmente pequeño; pero, el sacristán que se ocupara de cuidar el templo tendría el alojamiento gratuito, las comidas también serían por cuenta de la comunidad religiosa. Y, además, tendría derecho a un pequeño porcentaje de determinados donativos que se realizaran en esa comunidad religiosa. No estaba mal en comparación con los recientes momentos de estrechez extrema que había vivido en los últimos tiempos.

Así que me decidí y dije que sí; quería tener unos meses de tranquilidad. Tratar de coger impulso para lograr la estabilidad que me pudiera dar la integración en este nuevo país que, hasta este momento, se había negado a que yo, como tantos otros paisanos que habíamos llegado en los últimos meses a tratar de encontrar la ventura en esta nueva tierra. Decididamente la iglesia más importante del barrio de Antimano ya tenía nuevo sacristán.

La denominación de Antímano se establece en 1621 con un pueblo consolidado dedicado a la agricultura, aprovechando la fertilidad del suelo y el clima local. A mediados del siglo XIX el presidente Antonio Guzmán Blanco construye su mansión de verano de estilo parisino manteniéndose como una zona rural hasta la década de 1940, cuando comenzó el crecimiento industrial de la zona, estableciéndose la primera planta de la Cervecería Polar, luego comenzaría diversas operaciones para la instalación en ese lugar de un significativo entramado industrial en ese lugar a las afueras de Caracas.

No pasó mucho tiempo hasta que, en los alrededores, se comenzaran a construir bloques de viviendas que dieran cobijo a los trabajadores que

laboraban en las fábricas que se estaban instalando en esa zona. Naturalmente, estos bloques de viviendas no podían ser, ni muy lujosos, ni muy caros; de manera que los trabajadores de las fábricas, con unos salarios no demasiado altos, pudieran acceder a la propiedad, o, en todo caso, al alquiler de esas viviendas

La denominación de Antímáno es un acrónimo derivado de los términos Atamanona y Amatima, que eran los nombres de los dos grupos indígenas que habitaban la localidad en la época precolombina. Y, en esta zona es donde Juan Lorenzo había logrado encontrar un pequeño apartamento que le sirviera de residencia en estos años en que había logrado establecerse definitivamente en el país suramericano. Posiblemente, nunca pudo aspirar a más, a una residencia más lujosa; pero él presumía de vivir en la misma zona en que lo hicieron las principales etnias indígenas del país.

A pesar de todos mis escrúpulos por tomar este trabajo. Lo cierto es que ese periodo fue el que hizo que me integrara más en la ciudad y que consiguiera los contactos suficientes y necesarios para poder trabajar e intentar progresar de una manera digna en la sociedad venezolana. En un principio, tan solo pude establecer relación con gente humilde que no contaban con grandes capitales.

Pero, lo cierto es que, con el paso de un tiempo, alguna de esas personas que pude conocer en la parroquia de Antímáno fueron progresando y fundando empresas, en un principio pequeñas, que terminaron por convertirse en negocios medianos e, incluso, importantes, que me permitieron establecerme definitivamente en Caracas; y llegar, incluso a disfrutar de una situación económica desahogada. Lo malo es que, para eso, tuvo que pasar mucho tiempo; y, sobre todo, muchas cosas que cambiaron definitivamente mi vida.

El gran debate, el intenso drama existencial, llegó para mí en el momento en que tuve la oportunidad, la posibilidad económica de poder traer a mi familia, la que había quedado en Teguisé. No le podría ofrecer una situación boyante, cómo habíamos previsto antes de partir; pero, al menos, les podría dar de comer y, de eso se trataba, estaríamos juntos.

Sin embargo, había pasado mucho tiempo. Nos habían pasado muchas cosas; a mí y, me imagino, a ellos también. Estaba seguro de que perturbaría en gran manera su vida si las hiciera dejar su isla para que vinieran aquí, a vivir una vida extremadamente humilde, en un lugar extraño y muy lejos de los suyos. Desde luego, no era eso lo que habíamos planeado.

Y luego, estaba el viaje. Si hubiera podido tener dinero para que viajaran en avión...; pero, se iban a tener que enfrentar a un viaje, si no exactamente como el mío, sería muy parecido. Una travesía extremadamente peligrosa. Eso me terminó de disuadir; lo mejor era

dejar las cosas como estaban.

Con el paso de los años, no se muy bien que pasó, pero me llegué a encontrar rezando todos los días; absolutamente todos. Mis plegarias no eran por mí; ni por mi nueva familia. Mis plegarias eran para implorar que a la familia de Teguisse le fuera bien, que lograran todo el bienestar y la felicidad que habíamos planeado en el momento de iniciar el viaje.

XIV.- CUARENTA AÑOS NO ES NADA

Y, de repente, el tiempo pasó sin que apenas se hiciera notar. Después de unos primeros años en los que no me quedó más remedio que malvivir, poco más que ser un vagabundo que consideraba el gran triunfo del día el poder llevarse algo al estómago; las cosas comenzaron a mejorar; yo no era muy constante en mis visitas a Juan Lorenzo; él no quería recibir mi presencia en su pequeño apartamento. En realidad, no quería recibir las visitas de casi nadie en Caracas.

Con el paso del tiempo he comprendido que no quería compartir con nadie su fracaso; como yo, que durante mucho tiempo tampoco quería encontrarme con nadie que me hubiera conocido antes de mi llegada a Caracas. De alguna manera, sentíamos que hablar de tiempos, de tierras pasadas, era reconocer que ninguno de los sueños que habíamos tenido; el impulso que nos llevó a emprender un viaje de ese tipo, no era más que una gran mentira que no estábamos dispuestos a reconocer y, lo peor, a revivir de ninguna manera.

Y tras el paso de los años, con el paso de la vida, yo tuve la suerte de que esta terrible sensación se fuera diluyendo y que terminara por aceptar que la vida es lo que nos toca vivir, no lo que nos habíamos imaginado que íbamos a vivir. Juan Lorenzo, desafortunadamente para él, nunca llegó a pensar de esa manera. Todo lo que le tocó vivir había sido un constante y rotundo fracaso.

El caso es que, en dos años y medio, los primeros dos años y medio, habían sido apenas tres visitas las que realicé a su casa. Y siempre me

había dicho lo mismo; que no le diera más la lata, que no me podía ayudar y que intentara buscar una solución por otro lado. En esas visitas, eso sí, me ofrecía algo de comer. Me imagino que mi aspecto no era muy tranquilizador. El me sugirió, aunque me encargó de manera explícita que no dijera que lo conocía, donde podía encontrar mi primer trabajo; me dio el nombre y la dirección de los socios canarios que tenían un restaurante en pleno centro de la capital.

La tarea que me esperaba era la carga y descarga de la mercancía, ocuparme de la basura, de todos los trabajos pesados y que los cocineros y camareros del establecimiento no querían hacer. En un año, ya tenía nociones de servir las mesas y hacía las sustituciones a los camareros estaban enfermos o que causaban baja por cualquier motivo. Nunca fue mucho el dinero que gané en ese trabajo; pero, qué duda cabe, fue un principio.

Y lo seguí visitando; nunca venía mal un plato de sancocho o de potaje. Tampoco me sobraba el dinero para poder gastarlo en las tiendas de víveres. Ese día de marzo de 1954, lo cierto es que iba más por la comida que por cualquier otra razón. Ya no esperaba nada más de él; estaba en un momento en que, en realidad, había dejado de esperar ninguna cosa de casi nadie. Y, ese día, fue cuando me habló de ese trabajo de sacristán en Antímano que, a la larga, era lo que me iba a permitir integrarme en la vida de sociedad, baja sociedad, venezolana.

Y el país, Venezuela, estaba empezando a desarrollarse, al igual que, de manera mucho más modesta, lo estaba empezando a hacer yo también. Por ejemplo, el nombre; la República de Venezuela fue la denominación oficial que recibió Venezuela desde 1953, tras la aprobación de una nueva Constitución por la Asamblea Nacional Constituyente de 1952, durante la dictadura del General Marcos Pérez Jiménez. Resultaba que iba a vivir en una república, cómo lo había hecho en España durante unos cuantos años, los años treinta concretamente.

Una experiencia fallida en ambos casos; mucho más trágica la situación vivida que en España que la república fallida del país suramericano. Pero, con el devenir de los años, muchas otras cosas fueron sucediendo en mi nuevo país de adopción. Algunas de ellas sorprendentes, cuando menos.

Por ejemplo, a pesar de todo,. llegaron una cantidad grande de inmigrantes después de que yo lo hubiera hecho Entre 1951 y 1958 llegaron al país 200.000 españoles, principalmente gallegos y canarios, quienes se insertaron en oficios como agricultura, carpintería, albañilería y transporte público. Puede que la mitad de ellos, finalmente terminaron por regresar a lugar de nacimiento. Y, desde luego, no pasarían de los mil lo que lograron hacer fortuna, fortuna de verdad, en el nuevo país que

habían elegido para comenzar una nueva vida.

En ese sentido, al gobierno venezolano no le quedó más remedio que aceptar la evidencia. Los inmigrantes estaban tomando algunas ciudades del país. No les quedaba más remedio que aceptar la presencia de los inmigrantes gallegos y canarios. Y yo, a esas alturas, ya iba siendo un veterano en el país. Mis relaciones con muchos de los inmigrantes llegados de varios sitios, incluidos los llegados de Italia, hicieron que, aun en esa humilde tarea de sacristán de una pequeña iglesia caraqueña, las muchas relaciones que pude establecer en esos años sirvieran para dar el siguiente paso en mi consolidación en el país.

Juan Lorenzo me animó desde el primer momento. Ese negocio de venta autónoma de galletas, chocolates y pequeños electrodomésticos que tienen su origen en el Reino Unido podía ser una buena idea. Un negocio que podía funcionar en un país que comenzaba a ser moderno y que podría gastar, una parte al menos, las grandes cantidades que estaba generando la explotación del petróleo. Mucho trabajo, mucho pateo por las calles; pero el pequeño negocio comenzaba a ir bien y a generar unas cantidades que, hasta ahora, nunca había manejado.

En apenas dos o tres años, esa venta al detalle, prácticamente puerta a puerta, fue derivando en una empresa que debía comenzar a tener un cierto volumen. Yo mismo me sorprendía al tener que preparar al final de mes las nóminas de mis empleados. La cifra iba subiendo de mes en mes; en los mejores momentos del negocio llegué a tener hasta doscientos trabajadores contratados en mi empresa. No sabría explicar como había pasado esto.

Ni que decir tiene que la gran mayoría de los trabajadores que se fueron contratando eran canarios o hijos de canarios. Siempre mantuve la premisa de ayudar a los que habían llegado al país en las mismas condiciones en que lo había hecho yo mismo; sufriendo, pasando una travesía que, a pesar de los peligros y lo trágica que había podido llegar a ser, les partía el corazón por tener que dejar la tierra en la que nacieron en unas condiciones que nunca hubieran deseado.

Por eso, cuando no era posible que el trabajador fuera canario, intentábamos contratar trabajadores gallegos o italianos que hubieran llegado en unas condiciones similares a las que habían llegado muchos de los inmigrantes canarios. Quizá, por eso; el que en la empresa hubiera una gran mayoría de gente que había tenido que luchar de esa manera, hizo que se pudiera prosperar de una mejor manera.

Me hubiera gustado poner a la empresa un nombre que tuviera que ver con Tegui, mi patria chica; pero, indudablemente, no representaría de manera correcta el motivo y objetivo de ese negocio. Por eso le di el nombre de "Casa Inglesa", en homenaje a una prospera "Casa África" que

se había encargado en la capital grancanaria de distribuir y promocionar diversos productos que tenían su origen en las Islas británicas y que no eran demasiado conocidos en el territorio español

Afortunadamente, yo sabía leer y escribir un poco. Por eso pude tener unas nociones básicas para poder poner en marcha una empresa de ese tipo. Pero, durante los años de gestación de la misma, se dieron diversas circunstancias que ayudaron a consolidar las estructuras de la empresa. Por una parte, Juan Lorenzo, cuando apenas era un vendedor autónomo que estaba empezando, me presentó a un chico canario, más joven que yo, también represaliado político como yo y que no le había quedado más remedio que huir de su Teror natal. Tenía finalizados los estudios de Perito Mercantil y, en unos pocos meses, se convirtió en alguien indispensable en el desarrollo de la empresa.

Yo conocía a las personas, a la gente; y el conocía a los números, la manera de organizar una empresa. El otro hecho determinante que ayudó con el desarrollo de la empresa, fue el comenzar unas clases particulares de inglés cuando apenas estaba con mi negocio ambulante. El hecho de que tuviera unos contactos constantes con proveedores de habla inglesa, británicos y norteamericanos, hizo que el manejo de esa lengua fuera bastante fluido por mi parte. De hecho, llegué a manejar el inglés de una manera similar a la que manejaba el castellano

Hoy, pensaba en todas estas cosas, aquí sentado en el salón de mi piso de la calle General Escobar, esperando que mi hijo llegue de las clases que sigue en la universidad de Caracas. Y me he tomado apenas una media hora para descansar antes de salir a la calle. Hemos quedado para ir al estadio Independencia, el que popularmente es conocido como Estadio La Rinconada, que es una instalación deportiva utilizada para la práctica del sóftbol y alternativamente para el béisbol; está ubicado en el suroeste de la ciudad capital de Venezuela, específicamente en el sector La Rinconada de la Parroquia Coche del Municipio Libertado de Caracas. En este caso vamos a ir para seguir una competencia de béisbol.

En esta ocasión, como casi siempre que tengo un momento para meditar, pienso en estos cuarenta años que han pasado desde mi llegada a Caracas. Pienso en muchas cosas; y me sorprende dándome cuenta que apenas pienso, apenas recuerdo, la terrible travesía que tuve, tuvimos, que realizar. Pienso en otras muchas cosas; sobre todo, pienso en mi familia canaria que quedó en Tegui, y a la que había prometido traer hasta aquí. Esa era sobre todo, la gran angustia que me seguía desde hacía veinte años

No podría decir cuál de las circunstancias que me embargaron y me superaron a mi llegada a Venezuela fue la que hizo, seguramente todas juntas, que nunca llegara a cumplir mi promesa. El caso es que, el discurrir de la vida es una auténtica ruleta que uno nunca sabe en donde

se va a detener. En este caso, hace ya unos veintidós años que comencé a formar una familia en esta parte del mundo.

Me imaginó que uno considera, llegado el momento, que has nacido otra vez; que se trata de otra vida que tienes que vivir, y que nada tiene que ver, por mucho que conserves unos recuerdo meridianamente claros de tu vida anterior, con la otra vida que has vivido a miles de kilómetros de aquí; y, desgraciadamente, a "miles" de años también

Me gustaría decir que no me arrepiento. Pero, no es verdad. Que en el momento que decidí que Guadalupe, mi mujer, y nuestras hijas Nieves y Dolores estaban mejor en Lanzarote, que no tenía derecho a hacerles pasar lo que yo había pasado para nada. Me gustaría llegar a estar convencido de que, en ese momento, tomé la decisión correcta. Pero, no estoy y nunca lo estaré de que eso es así. Las cosas sucedieron de otra manera diferente.

Millones de veces he pensado en regresar a Lanzarote, encontrarme con ellas y explicarles cuál es mi situación actual. Pero no lo he hecho; me pongo millones de excusas también para no comenzar ese viaje. La empresa, el no saber si llevar a mi familia actual. Yo sé, en el fondo estoy convencido, de que se trata de pura cobardía, de miedo, de no saber que decir...

Lo que si sucedió es que, hoy en día, en este piso de la calle general Escobar, vivo junto con mi mujer, Patricia y los dos hijos nacidos de ese matrimonio. Hugo, al que estoy esperando para acudir a la competencia béisbol, y Patricia, mi hija menor. Esa es mi realidad hoy en día.